

Agua corriente

Relatos de no ficción de excombatientes para la reconciliación

AGUA CORRIENTE
Relatos de no ficción de excombatientes para la reconciliación

Ministerio de Cultura
Instituto Caro y Cuervo

Alcaldía Mayor de Bogotá
Secretaría General
Alta Consejería de Paz, Víctmas y Reconciliación
Centro de Memoria, Paz y Reconciliación

Angélica María Mayolo Obregón
Ministra de Cultura

Carmen Millán de Benavides
Directora del Instituto Caro y Cuervo

Claudia Nayibe López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá

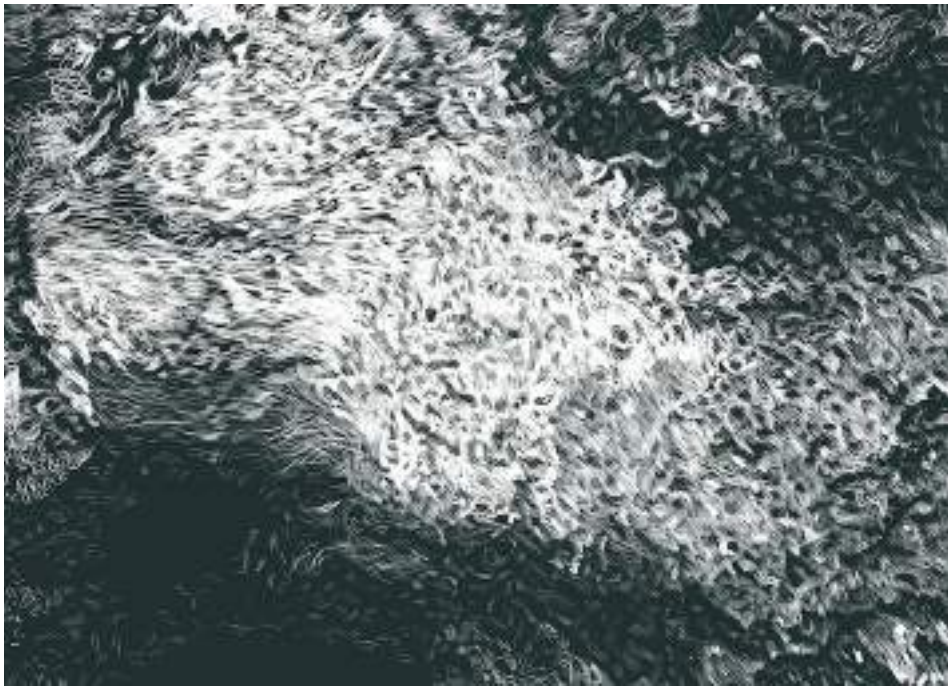
María Clemencia Pérez Uribe
Secretaria General

Carlos Vladimir Rodríguez Valencia
Alto Consejero de Paz, Víctimas y Reconciliación

Jose Darío Antequera Guzmán
Director del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación

AGUA CORRIENTE

Relatos de no ficción de excombatientes para la reconciliación



Agua corriente

Relatos de no ficción de excombatientes para la reconciliación

Coordinador creativo
Juan Álvarez

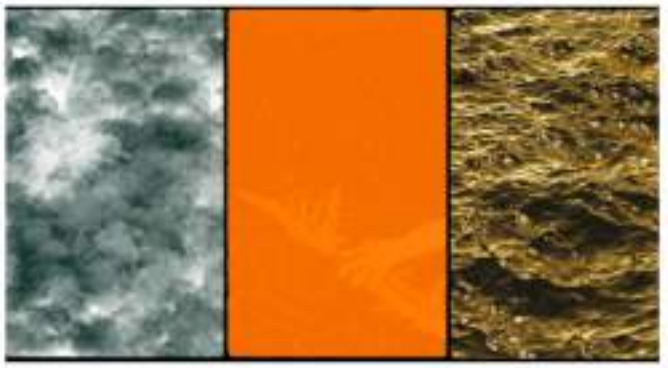
Asistentes de investigación y edición
Lisa Colorado
Andrés Castaño
Christian Rincón

Ilustrador
Segio Román

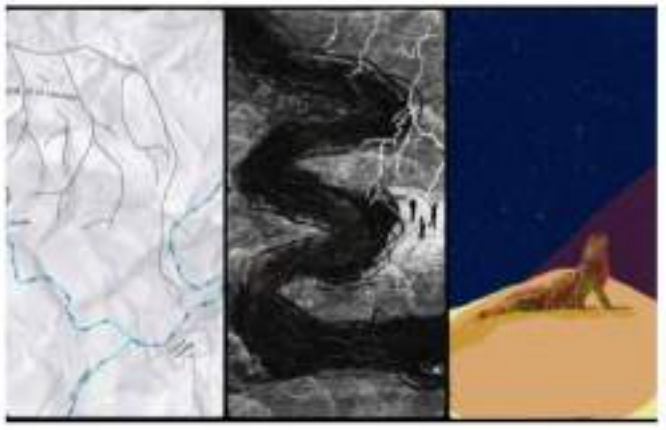
Portada
Sergio Román

Edición digital, enero de 2022
Editorial Lectores Secretos
Colección Plumas de aserrín
ISBN: 978-958-49-5104-5

El contenido de este volumen digital de relatos de no ficción no representa la opinión del Instituto Caro y Cuervo o del Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, entidades gestoras del laboratorio creativo a partir del cual estos relatos fueron escritos.







ÍNDICE

¿Qué es la reconciliación?
Jose Antequera

1. Todo es agua
Manuel Bolivar

2. Agua: cómplice de alegrías
Sarah Luna Ñustes

3. Agustina, la iguana de la charca
Martín Cruz

4. El agua por debajo tiene menos fuerza
Carolina García

5. Río moribundo
Elkin Carabalí

6. Agua que corre
Lizeth Rentería

7. Aguas en guerra, aguas en paz
Gabriel Ángel

8. Ahora que tenemos tiempo
Carmen Capacho

9. El Tapir: riberas del río Guayabero
Guillermo Coco

10. Traslados, tempestades: el agua del cielo
Yesenia Fierro



¿QUÉ ES LA RECONCILIACIÓN?

Jose Antequera

La cuestión de la reconciliación ha sido ampliamente debatida sin conclusiones definitivas. Los diferentes procesos de paz han estado marcados por su búsqueda, generalmente imaginada como un cambio cultural extendido a favor de la disposición al diálogo, la tolerancia frente a la contradicción y la comprensión del sufrimiento de los enemigos transformados en adversarios. Frente a la posibilidad de que dichos procesos sean de olvido e impunidad de las graves violaciones a los derechos humanos, también la reconciliación ha sido vista como una invitación inaceptable; una coartada para sustituir el castigo que se piensa realmente equilibraría las posiciones de poder entre víctimas y perpetradores, una coartada para imponer la renuncia a la oposición efectiva y para cancelar la legítima defensa.

A pesar del debate abierto, es claro que en Colombia la reconciliación se ha posicionado como objetivo deseable. Significa un destino de convivencia que no puede rechazarse, y que se aspira a que ocurra por caminos que no admiten, ni la negación del pasado ni la anulación del futuro. Con respecto a la confrontación entre el Estado y las Farc-Ep, la materialización de ese criterio es el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y Garantías de No repetición. Pero como ese destino de convivencia comprende el conflicto más allá de la confrontación entre las partes mencionadas, son varias las instituciones desde donde se trabaja para contribuir al mismo objetivo con una mirada amplia sobre el pasado, el presente y el futuro del país, entre ellas, el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación de Bogotá (CMPR).

Desde 2020 hemos querido darle orientación al asunto de la reconciliación para asumir la necesidad de crear proyectos específicos al respecto, más allá de su consideración como resultado total de los muchos procesos y actividades que se realizan por la memoria y la paz, con las limitaciones que implica que el Centro sea una herramienta pública localizada en Bogotá, centrada en la pedagogía y el apoyo a iniciativas ciudadanas. Contamos con la experiencia de los "diálogos improbables", a través de la cual hemos apostado a generar escenarios que encuentran a quienes no se encontrarían o preferirían no encontrarse a menos de que una invitación les comprometa. Dicha experiencia, rica en aprendizajes, nos ha dejado la gran preocupación acerca del rol de los y las jóvenes, estudiantes o no, quienes asisten a dichos diálogos en calidad de espectadores y no de sujetos también dialogantes sobre realidades que para la mayoría no están sólo en las pantallas.

A partir de la experiencia de construcción y desarrollo del CMPR, que ya cumple nueve años, en esta última etapa hemos promovido una noción de reconciliación como convergencia en torno a causas comunes. Sí, que dialoguemos es una condición fundamental. Que lo hagamos sobre nuestras experiencias y expectativas, sin negaciones, también. Pero si reconciliación es diferente a convivencia es porque implica la aceptación de la vulnerabilidad y la interdependencia que nos constituyen como seres humanos y, sobre todo, la certeza de que hay muchas razones por las que se imponen causas comunes a pesar de las muy hondas distancias vinculadas con eso que llamamos, en Colombia, "conflicto político, social y armado".

Entre las causas comunes de nuestra época aparece, más común y más urgente, la de la protección del medio ambiente, la lucha contra el cambio climático, el calentamiento global, la defensa de la naturaleza. No hace falta mencionar cifras para dimensionar el problema. Cuando después de investigar guerras, dictaduras y golpes de Estado, Naomi Klein escribió "esto lo cambia todo", estaba haciendo referencia a lo que hoy se posiciona como una realidad inevitable y preocupante. Si esa crisis es del tamaño que se evidencia,

efectivamente lo cambia todo, incluyendo nuestra disposición frente a nuestros enemigos o adversarios, y las medidas de mitigación o de transición energética son tan urgentes como las de reconciliación, no sólo en términos de diálogos improbables.

Cuando recibimos la propuesta del Instituto Caro y Cuervo (ICC)) de realizar un producto editorial basado en un laboratorio de escritura creativa con firmantes de paz que hubieran pertenecido a las FARC, celebramos el poder cumplir con la misión del CMPR. Desde el principio comprendimos, y así lo propusimos, que teníamos la oportunidad de ofrecer a la ciudadanía algo más que la constatación necesaria de los daños que ha dejado la guerra, incluyendo los daños a la naturaleza por los que algunos la consideran víctima. Teníamos la oportunidad de ofrecer, sobre todo a las personas más jóvenes, un conjunto de relatos que no serían solo la afirmación de las diferencias con los excombatientes, el morbo o la compasión frente a la tragedia ajena, sino un instrumento de intercambio entre quienes demuestran la gran preocupación generacional por el ambiente al límite, y quienes hicieron su vida y formaron sus habilidades en las "montañas de Colombia". Los excombatientes son testigos de excepción del latido de esas montañas, y fue a partir de allí que imaginamos el diálogo improbable y la convergencia en torno a lo común.

Naturaleza común (2021), la primera publicación, reunió once relatos maravillosos, disfrutados por quienes los leyeron y constituidos en puentes que nos permitieron llevar, a diferentes escenarios, programas de TV, centros culturales de los firmantes de paz o colegios distritales, la perspectiva y la posibilidad de trabajo por la reconciliación que planteamos. En este segundo volumen propusimos que los relatos giraran alrededor del agua, sobre la que ya existe una importante conciencia y reivindicación en Bogotá. *Agua corriente*, este nuevo volumen, narra la experiencia única de firmantes de paz, desde diferentes puntos de vista, hasta conformar una complejidad tan sorprendente como imperdible.

Podremos leer sobre el agua de la selva confundida con las lágrimas de un amor que se enfrenta a las reglas de la guerra; su presencia como huella en recuerdos de placer que sólo se comprenden en su dulzura allí, en la vida guerrillera, como los aguaceros de madrugada o los largos baños en el río; el amor y la amistad con los animales y la perplejidad ante sus leyes implacables; las hazañas, las aventuras y los momentos maravillosos conformados por imágenes realistas y crudas que recorren el país, desde el Meta hasta el Catatumbo; el contraste entre la vida urbana y la vida rural, en la selva o en el monte, entendido este a partir de la observación de las aguas que pasan por nuestros ríos encauzados artificialmente; la relación con la naturaleza como misterio viviente que puede ser leído y donde dejamos tantas cosas escritas; el mapa nacional y las memorias que pasan de un departamento a otro como los grandes afluentes que existen en Colombia y en ningún otro lugar del mundo; la lección más increíble ahora que tenemos tiempo de llorar a tantos muertos: "se camina más fácil con hambre que con sed". Y en ellos, palabras asombrosas como churuquiar, rancha, motete, chochera, chucheliar.

Con la coordinación de Juan Álvarez, escritor e investigador del ICC, y la asistencia de los estudiantes de la Maestría en Escritura Creativa Lisa Colorado, Christian Rincón y Andrés Castaño, los firmantes de paz leyeron y reflexionaron alrededor de textos clásicos de divulgación científica y medioambiental como "El arte de ver las cosas" de John Burroughs o el libro *H2O, una biografía del agua*, del editor Philip Ball. También trabajaron documentos de corte activista y académico como *Las guerras del agua. Privatización, contaminación y lucro* de Vandana Shiva o relatos y ensayos de corte narrativo como *La verdad de los ríos* o *Grávido río*, ambos textos del escritor colombiano Ignacio Piedrahita. Finalmente, como en la primera experiencia, fue crucial la lectura de pasajes del libro *Voces de Chernóbil* de Svetlana Aleksiévich, donde ella se entiende

a sí misma como una “oreja humana”, método de escucha y consignación crítica de la experiencia vital de sus semejantes, a partir del cual algunos de los excombatientes decidieron avanzar sus relatos en diálogo con el equipo del ICC.

Las ilustraciones que acompañan a estos relatos, así como la portada, son obra de otro estudiante de la MEC, Sergio Román.

Presentamos entonces *Agua corriente*, y con la publicación celebramos la alianza entre el ICC y el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación, así como la disposición de las organizaciones y los y las firmantes que se han comprometido con la paz y la reconciliación. Y claro, celebramos también la apertura de quien lee esta obra con el agua en el corazón para escuchar a quienes nos hablan con el corazón en las manos.




TODO
ES AGUA
Manuel Bolívar

Soy Manuel Bolívar y viví quince años en las selvas de Colombia como guerrillero de las FARC-EP. Hoy quiero contarles fragmentos de esa vida. Muchas cosas hermosas se esconden bajo el manto extenso del tiempo que merecen ser contadas y hoy me brotan como manantial de cordillera. Es el agua, con sus múltiples formas, presencias y ausencias, la que motiva mi relato, y las palabras me salen como un nacimiento cristalino en medio de la montaña.

En ese tiempo, cuando mi cuerpo y mi mente convivían con el verde profundo de las plantas y el resplandor de los rayos del sol atravesaba las ramas de los arboles meciéndose al viento, caminé por las selvas, hundiéndome en los rebalses y bañándome en los cauces de los ríos profundos; subí al páramo arropado por la bruma silenciosa, estremecido por el viento gélido; atravesé las sabanas hirvientes anhelando el agua grisácea de los morichales que se divisaban a lo lejos; me senté a descansar recostado sobre el tronco de algún árbol mientras bebía sorbos de agua con panela raspada allá en los imponentes esteros de los llanos; me dormí algunas veces arrullado con la lluvia acostado sobre hojas de helechos, otras, abrazando el resplandor de las estrellas en las noches de verano; también me llegó el sueño al calor de un beso profundo de amor y pasión, sobrecogido por la ternura de unos labios mojados y tibios.

Ella está en todo lugar y en todo momento. Ella es río, quebrada, gotas de rocío, lluvia tormentosa o hilos delgados; ella es niebla, copos de nieve o templado hielo; es brisa húmeda en el rostro; es suave, fría o cálida caricia bajando por la espalda; es barro que se amasa con los pies; es alimento o trago refrescante bajo el sol tropical; es abundancia hostigante y también escasez punzante. Ella es todo.

Viví años maravillosos: sonrisas y lágrimas por igual manaron a raudales en aquellos días que mi corazón guarda apretados de recuerdos y en cada latido, en cada sístole y diástole, el bombeo de fuerzas poderosas me empuja hoy a caminar con el mismo ímpetu que caminé cuando las selvas y el cielo eran mi hogar. De tantas historias, de tantos recuerdos que anidan burbujeantes en lo recóndito de mis pensamientos, quiero compartirles una que, aunque arrumada en el ayer, se cuece como llama ardiente que no se extingue porque es parte vívida de mi ser y de mi hacer.

Voy a contarles cómo el agua y sus formas me acompañaron en el nacimiento y la muerte de un amor que se fundió en mi cuerpo y en mi mente como el cauce de una quebrada cuando baja rumorosa y se hunde en el discurrir de un río encañonado. Es un relato de mi vida y de su vida, que un día fueron y que ahora ya no son; sin ellas, sin la suya y sin la mía, mi vida ahora no sería; es porque fueron juntas, una sola vida, abrazada y apretada como aquella madrugada en que la recuerdo dormida junto a mí, bajo la luz de la luna llena, que hoy vivo esta vida que es también su vida.

Enero de 2012

Soplaban los vientos de verano de inicio de año en el piedemonte llanero y la vida en el campamento transcurría tranquila con el recuerdo aún fresco de la fiesta y la algarabía de la Navidad y el Fin de Año. El oficial de servicio me había encargado, junto con Anderson, recoger una remesa a unos dos kilómetros del campamento. Salimos a eso de las dos de la tarde por el camino que atraviesa bordeando una montaña

de abundante vegetación. Nos encontramos con gente de otras unidades que acampaban cerca de nosotros y que a esa hora también se dirigían al economato general. Bajamos juntos, caminando y conversando, hacia el paso de un pequeño caño que mojaba el camino con sus aguas cristalinas. Al llegar, a una orilla, sentada en las piedras del camino, una joven guerrillera, con fusil terciado, el pelo largo, negro y ondulante sobre los hombros, tomaba tragos refrescantes de agua. No pude dejar de mirarla. Ella levantó su vista y me sorprendió observándola. Sus ojos hermosos se clavaron en los míos. Fue inmediato. Una sonrisa mutua nos delató: nos gustamos. Me acerqué, me senté junto a ella y le pregunté ¿Cómo está camarada? Bien, gracias, ¿y usted? Contento de encontrarla y poder conocerla, le dije. Sonrió. Por un momento sentí que me guiñaba un ojo. Soy Manuel, ¿y usted? Soy Leidy. Leidy, ¿de qué compañía es usted, camarada? Estoy en el Frente 26, me contestó. Yo estoy en el 53, ahí arriba en la loma, le dije. Nosotros estamos más abajo, descolgando por el otro lado, como a cien metros de la entrada al campamento de ustedes, camarada, me dijo mirándome fijamente. No pude dejar de sonreír, porque la cercanía en medio de la selva me abrió un mundo infinito de pensamientos en los que Leidy estaba presente en todos y cada uno de ellos, así como el agua empapa cada rincón del bosque luego de un torrencial aguacero de mayo en la sierra de La Macarena. Camarada, le dije, usted me gusta, Y para mis adentros quise besar su piel trigueña y sentir el sabor salado de unas gotas de sudor que le brillaban sobre el cuello. Pues usted a mí no me disgusta, tiene unos ojos bonitos. Nos miramos con ojos sonrientes y tomándola por el brazo la invité a continuar el camino hacia el economato. Anderson me miraba sorprendido y los demás camaradas ya estaban atentos, viendo de reojo, el desenlace de la situación. Nosotros, Leidy y yo, comenzamos alegres y seguros el andar de un camino que nos tuvo juntos hasta el día de su muerte el 28 de mayo de 2012 a las 16:50.

Marzo de 2012

Caminaba junto a los camaradas del frente 26 por el Guape sur, subiendo por la orilla y buscando la trocha para atravesar el filo que nos daba acceso a las tierras de la vereda Lejanías. Los camaradas regresaban a su área de operaciones y yo iba con ellos como nuevo integrante del frente. Leidy caminaba delante de mí y yo iba pendiente de su andar sobre las piedras resbalosas, atento de que ninguna fuera a hacerla caer. Casi al filo de las 14:00 llegamos al campamento a orillas del río con un cielo despejado y un viento fresco. Paramos. El comandante mandó a formar, orientó las tareas de esa tarde y nos despachó a organizar las caletas para dormir. A Leidy le correspondió hacer la exploración y yo tuve que hacer los chontos. Ya estaba en el río bañándome cuando ella regresó. Se quitó el uniforme y, en ropa interior, hundiendo sus pies en el agua, se me acercó y me miró como cada vez que, sin palabras, me decía que me quería y yo sentía el rumor del viento en mis brazos a su alrededor. Nos besamos abrazados, sintiendo el calor de la tarde y ansiando el frío de la noche. Me senté en una piedra junto al agua y comencé a lavar las botas restregándolas con las medias enjabonadas. Sentí el agua fría caer en mi espalda y de un salto estremecido me volteé a verla. Ella, a carcajadas, me miraba y no paraba de reírse. Me lancé y, tomándola del brazo, la empujé en una poceta del río y echándomele encima nos pusimos a jugar. Reíamos contentos, lanzándonos puchos de agua con la vajilla, yo sin poder dejar de sentir el palpitar bullente de mi amor por ella. Luego del baño, a eso de las 17:00, recogimos la comida y nos fuimos para la caleta. En la horqueta colgaba su equipo, al lado estaba el mío, y sobre él, una bella flor de Guayacán. La miré, y ella me dijo sonriendo Ahí le traje esa florecita. Esa flor la guardé siempre junto a mí, seca y apretada en unas hojas de cuaderno, envuelta en una bayetilla roja y perdida hoy en algún filo de la cordillera Oriental, enterrada con mi equipo. En ese equipo, en las hojas de ese cuaderno, también quedaron enterrados

algunos versos que intenté para ella y que quizás eran variaciones de una misma imagen: mirarla, y que su presencia me envolviera como la niebla envuelve a la selva entera.

Mayo de 2012

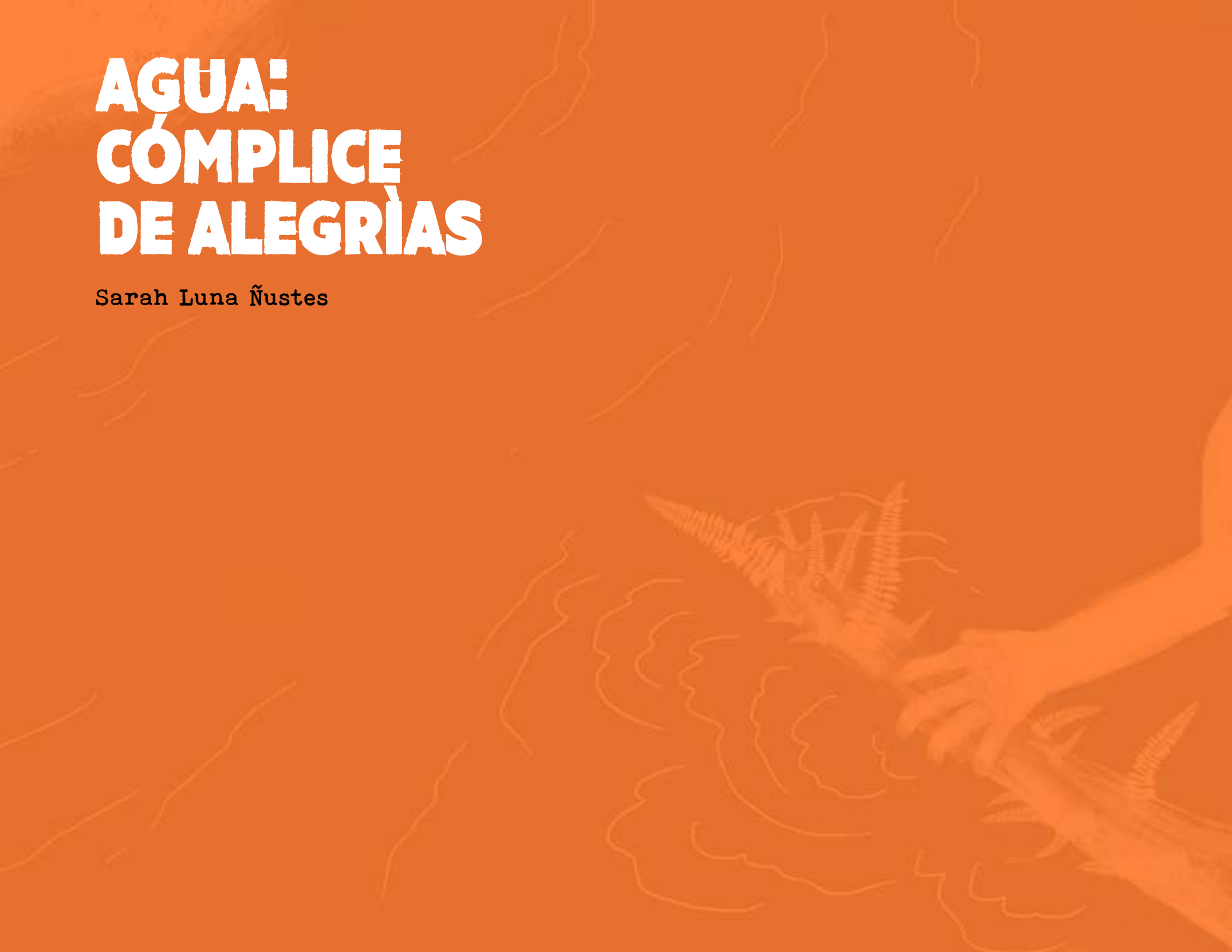
Eran las 16:00 cuando el oficial de servicio me ordenó bajar unas mulas a los pastos de la vereda sobre la que acampábamos montaña arriba, a unos dos kilómetros. Era una tarde fría y somnolienta, de nubes grises y viento húmedo. Bajé por la trocha con las mulas por delante. Llegué a los potreros una media hora después de salir del campamento. La niebla acariciaba los pastos, espesa y envolvente, hasta el punto de que nada se veía más allá de los dos metros de distancia. Al borde del potrero, entre el monte y los pastos, abrí el broche de la cerca, hice pasar las mulas y lo cerré nuevamente. Me devolví rápido caminando por la trocha, escuchando el canto de las aves y el crujir de las ramas al viento. Iba en la mitad del camino cuando, a lo lejos, hacia el oriente, sonaron ráfagas de fusil Galil. Me quedé parado y en silencio, auscultando el viento impávido, tratando de saber a qué comisión habían asaltado. Luego de unos minutos los disparos se acabaron. Ningún tiro de AK47 había sonado. O se habían escapado o habían muerto, pensé. Por el camino hice relación de las comisiones fuera del campamento y dónde se encontraban. Al sur, estaba la exploración que reconocía el terreno, al norte estaban los camaradas que cubrían, en una emboscada, el camino de retirada. Al occidente no había nadie, solo montes escarpados sobre los que se alzaban tormentosas nubes de lluvia invernal. Y, al oriente, al mando de Machaco, estaba una comisión encargada de los abastecimientos y en ella estaba Leidy. Pensé en su vida entera y con el corazón compungido y los puños apretados me sobresaltaron la incertidumbre y la angustia. Pensé en esa misma mañana, cuando, abrazados y cariñosos, junto a la trocha, nos despedimos con un beso. La vi caminando, alejarse despacio, adentrándose en un camino del que nunca volvería. Eran las 16:50 del 28 de mayo del año 2012.

Decir que la lloré un río es como decir nada. Tal vez un mar podría contener mis lágrimas, o quizás mil lagunas de páramo alto. Lo cierto es que hoy escribo estas letras y se me escurren entre los dedos y pienso en ellas como los hilos acuosos que riegan la tierra fértil que ha de cosechar nuevos frutos, nuevos sueños de amor y de dolor. El agua, estas lágrimas mías, hoy también son todo.



AGUA: CÓMPLICE DE ALEGRÌAS

Sarah Luna Ñustes



4:30 a.m. Como siempre, treinta minutos para recoger y doblar la casa, el toldillo, el tendido, el plástico y la cobija. Treinta minutos era el tiempo necesario para hacer todo con calma, pero si lo hacíamos rápido, con quince bastaba. A cambio obteníamos unos minutos más para arrunchar-nos entre las cobijas a la mejor hora para dormir, en la madrugada, cuando el sueño es más profundo y se sueña más bonito. En ese entonces estaba en el hospital del Bloque Oriental, donde se formaba al personal médico y se atendían los casos más graves de salud. Ese día llovía a cántaros, lo que significaba que no nos llamarían al patio con equipo y tendríamos por lo menos diez minutos más de arrunche. Por eso nos encantaba la lluvia en la madrugada.

Normalmente, a las cinco de la mañana, en la primera formación del día, ya teníamos que llegar en primer grado de alistamiento, es decir, con todas nuestras cosas listas y bien empacadas para prevenir que, en caso de un asalto del enemigo, perdiéramos nuestra dotación. Sin embargo, los días en los que amanecía lloviendo no recogíamos la casa y tampoco llevábamos el equipo al patio. Acá, sentada recordando todo esto, todavía me pregunto por qué ese día me levanté temprano.

Doblé la cobija y el toldillo con calma, me puse las botas y me ubiqué en la pacera ––mesón hecho con esterillas de palma––, a la cabecera de la caleta, para terminar de empacar todo el equipo. En ese momento observé, con extrañeza, que las luces fluorescentes del piso, que siempre estaban muy quietas sobre la estepa, se movían muy rápido, todas en una misma dirección. Al ver más allá me di cuenta que no sólo estaba ocurriendo alrededor de mis botas, sino que las luces fluorescentes corrían por toda la estepa, el piso del campamento se veía como una galaxia de luces verdes fosforescentes. Entonces corrí a buscar mi sapo, la linterna manos libres que sólo se podía prender en caso de urgencia y siempre camuflándola. Le poníamos cinta aislante en la cabeza y le abríamos dos ojitos muy pequeñitos para que la luz fuera muy poca y casi indetectable para los aviones, así evitábamos los bombardeos que cada vez eran más frecuentes y en los que muchos camaradas habían muerto. Cuando alumbré el suelo descubrí que lo que arrastraba las hojas y chamizos cargados de hongos fluorescentes, ¡era agua!

Había pasado un minuto desde que me puse las botas, y mientras mi cabeza asimiló que estaba en un rebalse y que una bombada de agua se estaba entrando al campamento, el agua ya me daba a los tobillos. Me percaté de que mis vecinos de caleta no habían desguindado el toldillo y lo primero que hice fue gritarles ¡Humberto! ¡Mery! ¡Nos estamos inundando, recojan!, pero el ruido del aguacero no dejó que ellos me escucharan, entonces me acerqué, les levanté el toldillo y les dije: ¡Párense ya, nos estamos inundando! Ellos todavía en el arrunche sonrieron, incrédulos, entonces alumbré el piso y cuando se dieron cuenta de que el agua me daba a la mitad de la bota se pararon de un salto y comenzaron a recoger. Aún estaba oscuro, el agua ya se había llevado la luz del suelo y ahora se veían muchos pares de ojitos de los sapitos de todos los compañeros en el campamento, percatados de la bombada de agua y recogiendo a toda prisa sus camas.

Me detuve un instante con la intención de salir a mojarme. Las personas suelen huirles a los aguaceros, yo también lo hacía hasta que un compañero al que quise mucho me invitó a mojarnos. Fue un día que llovió durísimo, me cogió de la mano y me llevó selva adentro. Sentir esas miles de gotas que caen en tu rostro, en tu cabello, en todo tu cuerpo, y quedarse ahí, disfrutándolas, sintiéndolas, es una de las sensaciones más maravillosas de este mundo; no es sólo un masaje, es un paseo por la inmensidad de los sueños, un contacto cuerpo a cuerpo con la majestuosidad de la vida. Además, es la oportunidad de gritar a lo que dé el pulmón, de reír al volumen que dé el cuerpo, y eso es algo que una extraña en la mata porque, para no ser detectados por el enemigo, siempre guardábamos silencio, entonces, se me ocurre ahora, el agua también fue cómplice de la alegría. Pero no era hora de disfrutar de la lluvia, había que continuar recogiendo.

Parada frente a mi caleta, el agua ya casi me llegaba a la parte superior de las botas. Para no encharcarme, me subí a la caleta y seguí empacando mientras pensaba que la bombada iba a pasar rápido. Entonces el primer palo salió despachado por la fuerza del agua. Ahí entendí que la bombada iba a dejar el campamento destruido y que teníamos que salir antes de que el agua llegara a los equipos. En la mata todo puede mojarse, menos los equipos. Era lo único que protegíamos a capa y espada del agua, lo demás podía secarse, lavarse, limpiarse (hasta el fusil, aunque era muy tedioso hacerle aseo después de una lavada). Con el equipo, sin embargo, era distinto. Si le entraba agua, a pesar de que todo estuviera embolsado, la vida podía volverse muy incómoda: la remesa mojada, se dañaba; los libros o los cuadernos mojados, se dañaban; la ropa mojada pesaba, y si nos tocaba ponérnosla, sentíamos frío y nos salían hongos; si las toallas higiénicas y los útiles de aseo se mojaban, todo era un desastre.

Cuando terminé de recoger y empacar mis cosas me bajé de la caleta para medir el nivel del agua. Me daba más arriba de la cintura. Iba a ser imposible salir con el equipo puesto, tendría que llevarlo arriba en el hombro. Entonces caí en cuenta: ¡el indio! una olla de 50 x 40 centímetros, la olla más grande de la unidad. Todas las noches tenía que llevar el indio a la caleta por si pasaba algo durante la noche y en las mañanas lo devolvía a la rancha. El agua ya casi llegaba a la pacera donde tenía el equipo, así que lo metí dentro del indio junto con el fusil y las pecheras, puse la olla sobre el agua con delicadeza y ¡funcionó!, ¡la olla flotaba!, aunque debía sostenerla todo el tiempo de ambos lados porque el peso la ladeaba.

La olla no era tan buena como un motete, esa especie de canoa hecha con un plástico para pasar equipo y fusil por un caño hondo o un rebalse. Pensé en el motete que había usado hacía poco en el río Guayabero: estábamos atravesando el Parque Natural Tinigua; todo el que caminó por ahí con un equipo al hombro sabe que no es un paraíso, y si es época de lluvias, menos todavía. Ahí no hay sino bejucos y rebalses, caminar por ahí rinde cinco veces menos que por terreno plano y seco. Para salir hay que pasar el Guayabero motetiando los equipos o por cable, porque el río es muy hondo. Esos eran mis mejores momentos: salir del parque y la hora de nadar, pasar el río a punta de brazo. Yo mandaba mi equipo, mi fusil y las pecheras en un motete que algunos compañeros custodiaban de orilla a orilla halándolo por una soga y hacía la fila de los que se cruzaban el río nadando. Algunos compañeros no sabían nadar, entonces tocaba motetiarlos a ellos también, lo que era muy gracioso. La mayoría se iban agarrados de la soga y se ayudaban con ella hasta llegar a la otra orilla. Yo obviamente me tiraba al río. En ese momento se daba una especie de competencia para ver quiénes llegaban a la parte de más arriba de la otra orilla, es decir, quiénes se dejaban arrastrar menos por la corriente. Había muy buenos nadadores y yo siempre decía que por ser más liviana

tenía desventaja. Al final, todos llegábamos a la otra orilla de cualquier manera, tomábamos nuestros equipos y seguíamos marchando. Creo que un motete hubiera sido mejor que un indio lleno de cosas, pero ya era tarde para fabricarlo.

Dejé la casa guindada y me puse en marcha. Ya varios camaradas habían pasado con los equipos al hombro. La orientación era salir hacia el este, que era la parte alta más cercana. El agua ya me daba al pecho y me era difícil mantener el indio nivelado. Como ya tenía bastante agua por dentro y la lluvia no cesaba, la olla se hacía más pesada. Varios camaradas me ayudaron en el camino halando la olla y a mí, pues la corriente era fuerte, hasta que por fin logré llegar a puerto seguro. Le saqué el agua al indio, dejé mis cosas debajo de una casa que habían guindado y me devolví a la caleta para desguindar la casa.

Al regresar a la caleta ya todo estaba iluminado por la luz del día. Allí me percaté de que había dejado más cosas de las que pensaba. Tenía ropa extendida y seguramente el agua ya se había llevado algunas prendas. Al hospital la ropa no llegaba muy seguido. Lo que teníamos lo cuidábamos porque no sabíamos cuándo sería la próxima dotación de intendencia. Lamentando el despiste, recogí el resto de mis cosas y las saqué nadando. El agua me tapaba por completo. Ya los pacientes y sus pertenencias habían sido evacuados. Entonces dieron la orden rescatar lo que más pudiéramos del campamento. La prioridad era la remesa del economato y las cosas de la enfermería. Para ese momento era imposible sacarlas secas, pero con energía y sin saber cómo lo íbamos a hacer, todos nos devolvimos.

En el tiempo que estuve haciendo curso de medicina en el hospital Marco Aurelio Buendía, casi siempre nos mantuvimos en la zona del Frente 27, que operaba en una parte del departamento del Meta. Por ser una unidad vulnerable, el hospital debía mantenerse fuera de la zona de orden público; era necesario estar lo más lejos posible de la población civil o de las unidades de combate, bien adentro de la mata, y en esa zona abundan los caños hondos, cristalinos, o los azules, como les decíamos nosotros porque sus aguas se veían de un color azul turquesa muy bonito.

Yo siempre tuve problemas disciplinarios en los campamentos en los que teníamos un caño hondo. Nuestro tiempo de baño era de diez o veinte minutos, dependiendo si lavábamos o no la ropa. En la guerra, estar desnudo y con el arma a más de un metro significa estar vulnerable a un ataque enemigo, por eso el tiempo de baño era limitado. Y la verdad, yo no podía con eso: cuando estoy dentro del agua el tiempo se detiene, no puedo hacer más que disfrutar y dejarme tocar por sus ondas, hundirme, flotar, ir de un lado a otro; cuando estoy dentro del agua siento como si me inyectaran vitamina, es un placer que no se compara ni con el placer de degustar la mejor comida del mundo, es como si por cada poro se entrara un poquito de vida. En ocasiones, hasta he llegado a reírme con ella cuando estamos solas las dos. Pero resulta que el tiempo sólo se detiene para mí, mientras tanto el mundo sigue dando vueltas y cuando me doy cuenta soy la única en el caño, ya todos están vestidos y listos para pasar a la formación, por más que corra es imposible alcanzarlos y téngale, ahí estaba mi sanción. Sarah Luna otra vez lavando el menaje de la rancha por demorarse en el caño.

En una ocasión encontré un método para burlar la disciplina. Tenía una plancha, es decir, un grupo de compañeros con el que ranchábamos cada veinticuatro días, que era lo que se demoraba en repetirse el turno de rancha. A ellos, Alquiver e Iván, no les gustaba servir los alimentos en la pacera porque los camaradas siempre llegaban: En esta olla no me eche grano… En esta por favor sin carne… En esta me echa para dos, por favor… En esta si puede echarme más ensalada, gracias… Y luego: Pero por qué me echó arveja si le dije que no quería…

Pero por qué me revolvió la pasta con el arroz si le puse dos ollas para eso. En fin, yo era buena para lidiar con esas chocheras. Entonces hicimos el trato: yo servía el desayuno, el almuerzo y la cena, y ellos dejaban que yo me bañara a las 13:00 horas. Estuvieron conformes con el trato. Desde que no les tocara servir, hasta se hubieran ofrecido a ranchar ellos solos. Yo, por mi parte, tenía como tres horas de baño, desde que terminábamos de lavar el menaje del almuerzo hasta la hora de servir la cena. Entonces mis días de rancha se volvieron los más esperados del mes, los aguardaba con paciencia, era la mujer más amable con mis dos compañeros de rancha para que mantuvieran el trato. La verdad, a ellos también les gustaba chucheliarme los caprichos, no entendían cómo podía durar tanto tiempo metida entre el agua, pero les gustaba verme ahí y se divertían con eso.

El caso es que me gusta el agua, todos en el campamento lo sabían. Cuando el comandante de la Marco Aurelio Buendía, en medio de la inundación, me vio avanzar rápidamente, ayudada por los bejucos que poníamos a lado y lado del camino para orientarnos en la oscuridad, se quedó viéndome y me dijo: Este aguacero está mandado a hacer para usted, ¡parece un pato!

Él siguió su camino entre el agua y también ayudándose por los bejucos y solo en ese momento me di cuenta que yo estaba disfrutando la inundación, que no solo estaba ayudando a rescatar las cosas del colectivo, sino que me sentía como pez en el agua, y que mi energía se desbordaba, que estaba feliz. En un par de horas, junto con dos camaradas que regularmente me acompañaban en la lavada del menaje de la rancha porque se quedaban jugando conmigo a aguantar la respiración o hacer carreras acuáticas, estábamos haciendo competencias divertidísimas para ver quién rescataba más remesa en buen estado y corríamos inmediatamente para devolvernos por más. Cuando terminamos de rescatar las cosas del colectivo, empezamos a ayudar a los camaradas que todavía tenían pertenencias perdidas. Fue muy entretenido meternos en los búnkers —estructuras subterráneas para resguardarse en caso de bombardeos aéreos—. En el hospital todos teníamos búnker, pues el día no alcanzaba para cumplir con todos nuestros deberes académicos y este era el lugar predilecto para estudiar en la noche porque allí podíamos alumbrar sin temores a ser descubiertos por la aviación. Allí nos sumergimos a buscar, tanteando con las manos entre el agua revuelta, las cosas que algunos compañeros no habían podido encontrar.

Al final de la tarde el agua ya se había ido. Solo una estela de barro cubría lo que hasta ese día había sido nuestro campamento. Logramos recuperar uno que otro objeto que se había enredado en las ramas y se había salvado de la corriente. Hicimos un nuevo campamento muy cerca, pero a los dos días nos tocó salir corriendo porque hubo un bombardeo con desembarco cercano y adiós para siempre a los pozos del 27 Frente.

Cada vez que recuerdo los caños azules me imagino volviendo a ellos. Si hay algo que añoro en esta vida es poder volver a esos lugares mágicos e inhóspitos que se me presentaron en el camino, volver a cruzar nadando los ríos Tunia, Papamene y los brazos del Duda, volver a sumergirme en los caños gigantes que están atrapados entre rocas, tomar del agua que sale de un hoyo en la tierra. Ir a los caños azules y bañarme ya sin afán, sin la zozobra de la presencia enemiga. Sólo nadar y dejar que el agua me lleve a donde ella quiera.



AGUSTINA, LA IGUANA DE LA CHARCA

Martín Cruz



El comandante nos hizo levantar a las cuatro y treinta de la mañana, cuando apenas los gallos de las lejanas vecindades nos anunciaban un nuevo día. Se veía despejado el cielo brillante del oriente. De pronto, escuchamos el churuqueo, aquel sonido producido con la palma de la mano que imita a un mico negro en la profundidad de la selva y con el que nos comunicábamos. Era el oficial de servicio. Tenía una primera orden:

—¡A formar! —Y nos advirtió—: hoy la marcha es exigente y peligrosa. Saldremos a la 5:00 a.m. A las nueve pararemos para hacer el desayuno. ¡Retirarse!

Veinte minutos después iniciamos la marcha.

La exuberante selva chocoana siempre nos ofreció abrigo bajo sus árboles frondosos y sus fuentes de aguas cristalinas que, en ese entonces, no padecían ningún tipo de contaminación. Dichas selvas se descuelgan de las estribaciones altas de la serranía del Tatamá y pertenecen a la cordillera Occidental. Este nudo de cordilleras es también un espacio limítrofe entre los departamentos de Caldas, Antioquia, Risaralda y Chocó, y es una fuente poderosa de aguas frías que dan vida al río San Juan, el cual desemboca en el océano Pacífico. La morfología del terreno es enorme y variada: cerros, cuencas profundas y cascadas chispeantes se deslizan por los abruptos peñascos. Este es el único Parque Natural en Colombia ––la serranía del Tatamá–– donde no ha podido gobernar el ser humano, por lo agreste de su naturaleza y sus horribles riscos. Los cánticos de las aves en bandada, de todos los tipos y colores, hacían de nuestros campamentos un oasis de libertad y convivencia con la naturaleza. Era nuestro hábitat, y por necesidad estratégica debíamos cuidarlo y preservar sus riquezas y recursos para nuestra alimentación y protección.

Ese día la marcha guerrillera llegó hasta Tarena, en las riberas del río San Juan, una quebrada de aguas transparentes y rocas lamidas por el paso de la corriente natural. El mando ordenó acampar en una curva de aquella quebrada poblada por cientos de arboles. Su tupido follaje nos protegía del sol y de la vista aérea del enemigo. Junto al campamento, a unos cincuenta metros, había un higuerón espigado de frutos parecidos a las ciruelas, muy apetecido por las aves e iguanas, recubierto de grandes hojas ovaladas. Debajo de este natural protector se ubicó Jairo, un guerrillero de origen indígena.

Jairo tenía veinte años, era de la comunidad Chamí. Llevaba en la organización un año. Aprendió a leer y a escribir en la guerrilla. Nos comentaba que había decidido enrolarse en la lucha clandestina porque los castigos en su comunidad eran muy duros. Hablaba el idioma emberá y un español algo enredado. Era un pescador y cazador excepcional. Conocía la selva a la perfección. Se orientaba por el musgo de los arboles. Jairo nos enseñó que el musgo por el oriente era menos tupido por el calor más fuerte del sol, mientras por el occidente los musgos eran mas frondosos porque les daba el sol de la tarde.

—Usted se ubica frente al lado tupido del árbol y su musgo, y a la espalda le quedará oriente, de frente occidente, a su derecha sur y a la izquierda norte. Enseñanza de indígena viejo ––decía Jairo.

Al lado de aquel árbol frondoso había una charca hermosa formada por un gran arroyo de aguas inmaculadas que caían ruidosamente de una altura de cinco metros. Por la fuerza del agua, se hizo un enorme pozo azul en el que se reflejaban

las escasas nubes de ese día soleado. El agua, en su caída precipitada, formaba espumas gigantes que eran arrastradas por la corriente tranquila de la ribera.

El comandante formó el personal y dijo:

—Son las dos de la tarde, a las cuatro todos deben terminar la caleta.

Hicimos la caleta en el tiempo ordenado, menos Jairo, que a la media hora ya la había terminado.

Y cómo no iba a terminar, si solo colocó por tendido unas hojas de plátano seco que había encontrado pasando el caño, su carpa de techo y una horqueta a la que colgó su equipo y su arma. Cuando el comandante ordenó formar, Jairo nos murmuró que tenía unas iguanas amigas. El árbol donde armó la caleta era un higuerón y al parecer estaba lleno de estos animales. Nos dijo también que las iguanas salían a bañarse a una hermosa charca cercana. Nadie le paró bolas. Ese día, a las seis de la tarde, estuvo la comida. De nuevo, Jairo comentó que tenía unas iguanas amigas, y según él, todas corrían cuando él se acercaba al pozo de agua, menos una enorme de color marino, que cuando hacía sol se ponía amarilla rojiza.

—Ella es amiga mía —decía Jairo—. Le doy galletas y las mastica muy suave. Creo que las disfruta al máximo.

Otro compañero aseguró haberlo visto llevándole parte de su comida a la iguana. Según él, Jairo dejaba una pequeña porción en el plato para luego llevársela al animal. Ya la había bautizado como Agustina, la iguana de la charca, en honor a su abuelita, que así se llamaba y estaba cerca de cumplir cien años.

Al día siguiente, con la misma historia, volvió y le llevó comida. Algunos compañeros nos fuimos detrás de Jairo. Cuando llegamos, la vimos encima de las hojas que le servían de colchón. La iguana debía tener unos 30 centímetros, era totalmente verde y portaba una cresta hermosa que combinaba a la perfección con sus ojos grises, bordeados por párpados de color amarillo. Cuando fueron llegando más guerrilleros, la iguana se subió al árbol, muy arriba, y se perdió en las alturas.

A los tres días, Jairo llegó a la formación con Agustina aferrada a su hombro, diciendo:

—Les presento a mi mascota.

No lo dejaba para ninguna parte. A la semana de estar en aquel campamento, nuestra huésped verde era amiga de todos los guerrilleros. Le recibía comida a quien le ofreciera. Se movía por todas las caletas. Sobre el alto higuerón, al borde de la quebrada, seguían las otras iguanas, que pasaban a cada rato por el campamento en busca de agua o de alimento y miraban todo con recelo y actitud temerosa. Ninguna como Agustina, habitante del poderoso árbol, que al mes resultó siendo la mascota no solo de Jairo sino del colectivo. Cuando salíamos en marcha para el río Tamaná, donde encontraba agua, Agustina se ponía a nadar como loca. Era maravilloso verla jugar con los fuertes chorros de agua. La singular iguana viajaba encima del morral de Jairo. En ocasiones, se bajaba de ahí y seguía sola por el monte, pero más adelante recorría la marcha hasta alcanzar a Jairo. Era muy veloz para caminar. Los ríos también los pasaba con esa velocidad impresionante. Cuando encontraba un charco manso y soleado, había que esperarla, porque se echaba sus chapuzones y se bronceaba sobre las rocas. Era su ritual en todas las marchas al cruzar ríos y quebradas.

Una compañera maravillosa: se dejaba acicalar, le rascaban la panza y se echaba patas arriba. Le gustaban mucho el agua con Frutiño y los confites. De las galletas, solo se comía la crema de vainilla, y la retiraba con una elegancia de lengua envidiable. Cuando cruzábamos ríos era la primera en llegar al otro lado. Veía a Jairo y de una se le trepaba al hombro. Un día, en plena marcha, nos encontramos con un indígena cazador que llevaba un perro flaco, bueno para olfatear la presa. El perro vio a la iguana y le arrancó, agarrándola por la cola. Agustina, desesperada, tiró para zafarse y en el esfuerzo el canino le mochó un pedazo. Nos tocó parar e inmediatamente el médico montó su sala de cirugía rústica, con anestesia local, y se puso a coser el muñón de la iguana. El perro de caza siempre le quitó unos cinco centímetros de rabo. Fue el desorden total, porque el mando ordenó:

—Hoy vamos a quedarnos acá para que la amiga de Jairo se recupere algo. Mañana nos toca ampliar la caminata y será más exigente.

Ese día Agustina pasó buena parte de la jornada durmiendo. Cuando despertó de la anestesia intentó bajar a la quebrada, pero Jairo no se lo permitió.

Al otro día, y por los siguientes tres, su mejor amigo la llevó en los brazos. La iguana prácticamente sanó en ese recorrido. A las dos semanas estaba totalmente curada y subiendo a los árboles. Se veía chistosa con la cola corta. Llegamos a las cabeceras del río Irababú, afluente que desemboca en el río Tamaná. Agustina ya tenía dos meses largos con nosotros. Jairo adoraba a su rara mascota. La verdad, yo nunca había visto una iguana igual. Me fastidiaba un poco por su apariencia de dinosaurio, pero cuando me hice amigo de ella se me volvió tierna y dócil.

En esta nueva región nos instalamos sobre las riberas del Irababú. El río a esa altura estaba rodeado de sendas cordilleras de un verde profundo que nos ofrecían corredores ocultos a varios lugares entre Nóvita y San José del Palmar. Las aguas solo eran navegables para expertos. Las grandes rocas hacían zigzaguear cualquier embarcación y la travesía resultaba una locura peligrosa. Estas tierras, zonas tropicales calurosas, húmedas y a estribaciones de la cordillera occidental, tienen recursos hídricos abundantes, totalmente potables para el consumo humano y los habitantes de la selva. A unos quinientos metros del campamento había una vieja platanera y en todo el centro un inmenso árbol de higuerón, de los mismos donde habíamos encontrado a la iguana Agustina. El Irababú corría lento, sin prisa, formando enormes espejos azules de agua que invitaban a nadar.

Jairo nos contó que un día fue con su mascota a dicha platanera cercana y avistó una manada de iguanas en el arbusto de gran ramaje. Agustina observó hacia arriba y se asustó, porque cuando vio a sus pares se le subió a Jairo al hombro y este sintió cómo le saltaba agitadamente su corazón. Era extraño imaginar que Agustina no quisiera saber nada de sus familiares reptiles.

Llevábamos en ese campamento unos cinco días, cuando Jairo llegó donde el comandante pidiéndole permiso para buscar a su adorada compañera. Agustina no aparecía. Luego, nos contó Jairo, al no encontrar a su mascota, el primer sitio donde fue a buscarla fue el gran arbusto en la platanera del campamento, donde estaban sus familiares verdes.

—Al llegar al higuerón —dijo Jairo— vi una bulla inusual en el follaje del árbol. Las ramas se movían y emitían un chillido extraño. Me ubiqué debajo del árbol y de repente se hizo un silencio absoluto en sus copos. Observé gotas de sangre. Quedé frío imaginándome lo peor. Encontré sangre en varias partes y un pedazo de una patica de iguana.

La levanté y vi una uña de mi Agustina, pintada con esmalte rojo. Yo se lo había puesto un día cuando una guerrillera se estaba esmaltando sus uñas. No había nada qué hacer, las iguanas del higuerón habían matado a mi hija. Tal vez se la comieron porque no encontré nada más de la pobre Agustina, apenas gotas de sangre y el muñoncito con la uña. Seguramente detectaron su olor particular, humano tal vez, o por el mismo color de las uñas esmaltadas.

¿Las iguanas le habían cobrado su deserción, el abandono de su hábitat? Selección natural, tal vez. Esos comportamientos caníbales ya los había observado yo en los micos negros. Tuve una titi que un día intentó unirse a una manada de los suyos y casi la matan. Le dieron una paliza y muela ventiada. Bajó de los árboles herida, le costó mucho sanarse, aparte de sufrir por el abandono de su manada. Es una ley natural que pesa como ley de hierro. Parecería que el castigo para estas conductas es mortal. Gran dolor produjo este desenlace triste impuesto por la ley del monte.



EL AGUA POR DEBAJO TIENE MENOS FUERZA

Carolina García



Se acerca el quinto aniversario de la firma del Acuerdo de paz. Soy signataria. Me cuesta creer que ya hayan pasado cinco años. Luego de año y medio de pandemia me llegan a la mente recuerdos de mi paso por la vida. Momentos que nos marcaron. A veces gratos y llenos de recuerdos maravillosos, y otros en cambio llenos de emociones tristes a causa de despedidas, pérdidas, dolor y llantos. Covid–19 es un término, una palabreja numerada, que desde principios del 2020 no deja de sonar en las noticias, en la calle, en los medios de transporte, en las plazas de mercado y en las veredas, y que nombra una enfermedad infectocontagiosa muy delicada, casi sinónimo de muerte.

Estos meses de cuarentenas intermitentes en Bogotá, y luego de superar el coronavirus a pesar de haber hecho todo lo posible para no contagiarme, me han hecho pensar en lo impotentes que somos los seres humanos ante tantas circunstancias de la vida: un virus, nanométrico, nos paralizó y nos hizo muchísimo daño. Sus secuelas, muchas de ellas irreversibles. ¿Cuáles son las cosas de esta vida a las que no les hemos dado valor, y cuándo es buen momento para detenernos a reflexionar sobre ellas?

Crecí en una vereda del municipio de La Uribe, en el Meta. La finca de mis padres, donde viví mi infancia, es una tierra privilegiada por la naturaleza, pues sus linderos por ambos costados son ríos. Recuerdo con absoluta gratitud que lo primero que aprendí del campo fue a nadar y a montar a caballo, dos actividades indispensables para sobrevivir allí y más aún en el llano. Nos íbamos a jugar lleva con todos los jóvenes de la vereda los sábados y domingos en los paseos de olla, desde las ocho de la mañana hasta que el sol caía y mamá nos iba a traer porque según ella el agua producía paludismo. Así fue durante años. Nos hicimos expertas en nadar bajo el agua, perdernos y así evitar que nos pegaran la lleva. Para mí el agua se constituyó en sinónimo entrañable de juego. Jamás imaginé, en esa visión de niña, que el agua pudiera causar estragos, desastres, y que ella pudiera llevarse lo que encontraba a su paso, incluidos los sueños.

Con los años ingresé a las FARC-EP. En una región apartada de donde viví mi infancia, el Catatumbo, volví a recordar vivencias y a tener que enfrentar obstáculos y superar situaciones difíciles relacionadas con el agua. Se trata de una región amplia que comprende parte de Colombia y Venezuela por el recorrido que lleva el río Catatumbo, que desemboca en el lago de Maracaibo. La NASA nombró a esta región Capital mundial del relámpago, pues sus ciclos de tormentas eléctricas nocturnas nube-nube y nube-tierra, frecuentes entre abril y noviembre, y generados sobre la desembocadura del río Catatumbo, pueden llegar a producir hasta noventa descargas eléctricas por minuto.

Recuerdo esas tormentas incesantes, prendidas del cielo, con admiración y respeto. En los turnos de guardia, apostada en un filo, observaba el reflejo del rayo y me transportaba lejos en mis pensamientos al ver cuán perfecta era la naturaleza. Claro que también sentí miedo las noches en que esos rayos en forma de ráfagas cayeron cerca del campamento,

al punto que aprendí que cuando veía la luz del rayo debía contar los segundos, y por cada segundo desde que veía la luz hasta que se escuchaba el sonido del trueno eran cien metros de distancia. Cuántos rayos sentí tronarnos ahí cerquita de las patas. Dos de ellos les causaron la muerte a dos compañeros.

Este fenómeno natural, casi incomprensible para la psicología humana, tiene la capacidad de regenerar la capa de ozono a través de la liberación de partículas de oxígeno que, al chocar, y por el efecto eléctrico, producen esta sustancia tan relevante para la Tierra y su protección. Esto lo descubrí leyendo para la escritura de este testimonio, igual que descubrí el nombre del ambientalista venezolano Erik Quiroga, que lidera una campaña para que todo el ecosistema que produce las tormentas sea reconocido como Patrimonio de la Humanidad. Increíble. A mí ahora me resulta increíble: al parecer, se trata de la fábrica individual de ozono más grande e importante del planeta.

Cuando ingresé a la organización era consiente de que podía ser trasladada a cualquier región del país donde tuviéramos presencia, todo con miras a cumplir el Plan Estratégico de las FARC-EP. Por esta razón, muchos del Bloque Oriental, que éramos oriundos del Meta, Guaviare y Caquetá, llegamos al Bloque Magdalena Medio a operar en la región del Catatumbo. Estos traslados generaban nuevas experiencias y la nostalgia de tener la familia lejos, pero también la expectativa de conocer nuevos lugares que era algo muy emotivo para nosotros que teníamos una vida de mucha movilidad y nos cansaba la quietud y el campamento. Allí en esa región asombrosa del Catatumbo estuve quince años, lo que me permitió conocer de cerca su gente, su cultura, sus ríos, sus paisajes, aunque muchas veces, por el apuro de las actividades o el cansancio de varios días de marcha con el equipo al hombro, no pude disfrutar como hoy pienso que me hubiera gustado.

Este momento me trae también el recuerdo de un sitio llamado "Pozo Azul" y de una marcha de la unidad Gabriel Galvis. Pasábamos un río de aguas azules y cristalinas que nos permitían ver, en sus profundidades, peces y piedras, así estas estuvieran tan en lo hondo que casi nadie en el baño conseguía alcanzarlas. (Mucho tiempo antes, yo ya había pasado por allí; era la fecha de mi cumpleaños y me había quedado bañándome el día entero.) Aquel día de la marcha, luego del descanso, fuimos a revisar el personal y faltaba Alonso, "Tula", como le decíamos por cariño. Nadie, luego de pasar el río, recordaba haberlo visto. ¿Un calambre a raíz del cansancio de la marcha? ¿Algo más? Lo buscamos durante el resto de la tarde y el día siguiente entero. Lo hallamos tres días más tarde, qué dolor, ahogado en otro pozo, ahí pálido, quizás murió pidiendo ayuda, no sabía nadar. Después de la muerte de Alonso, nuestro sitio de recreación natural al pasar por allí quedó prohibido para bañarnos, lo que me dio mucha tristeza porque era un paso obligado y caminábamos todo el día para alcanzarlo y tomar un baño relajante, valioso en las circunstancias de la guerra.

En otro momento, en una marcha guerrillera en pleno invierno, pasando un fuerte río que en época de verano era un caño tranquilo que cruzábamos sin mojarnos los pies, la corriente se llevó a una muchacha llamada Xiomara. Los que más sabían nadar e iban próximos a ella se lanzaron a sacarla, pero el jale y los remolinos del agua la arrastraron un buen tramo, y con el susto de ella y quizás los golpes contra las piedras, al rescatarla había perdido el habla, no vocalizaba, solo unos sonidos guturales imposibles de interpretar. Pasó el tiempo, y a pesar de hacer ejercicios para tratar de recuperar el habla, no lo conseguía. Un día, un chico comenzó a cortejarla, ella aceptó la propuesta de iniciar una relación y luego de unos días juntos, una jornada cualquiera, ella comenzó a hablar de nuevo. A partir de ahí al compañero le empezaron a llamar *Vino Blanco*, porque en el campo la gente le da vino blanco a los loros para que aprendan a hablar.

A pesar de las tensiones, la vida nuestra en la guerrilla también transcurrió en medio de tomaduras de pelo. Quizás parte de esto parezca locura o sacado de la imaginación, pero en cincuenta y tres años de lucha armada fueron muchas las vivencias, las anécdotas y las experiencias que nos sucedieron y que se mantienen en nuestro recuerdo. Una vida llena de emociones, algunas gratas, otras no tanto, y siguen ahí, aquí a veces conmigo, ojalá haya interesados en leerlas, libres de juicios y prejuicios.

Pasado el tiempo, en ciertas unidades definieron dar cursos de nado para evitar casos como el de Tula o Xiomara, y como sabían que yo nadaba bien, me eligieron como instructora. Fue sin duda la tarea que más disfruté: les enseñaba a pasar un río siguiendo la dirección del agua. Si era corrientoso corrientoso, o un chorro, era mejor pasarlo consumido (lo más abajo posible), porque el agua por debajo tiene menos fuerza. Había que manejar el estrés y conservar la calma. Esas técnicas nos ayudaron a superar obstáculos, siempre conservando el respeto por el agua. También teníamos en cuenta que, si necesitábamos salir en un lugar preciso, convenía tirarse a pasar unos metros más arriba, nadar fuerte hasta más de la mitad del chorro y dejarse llevar un poco por el agua y terminar de pasar hasta donde necesitábamos salir. Eran técnicas sencillas, pero si no las sabíamos o no las poníamos en práctica, podía haber inconvenientes. Cuando haces parte de una fuerza irregular que debe desplazarse en tiempos precisos, saber nadar te puede salvar la vida y puedes salvar también la de algún compañero.

Mi principal aporte en las FARC-EP fue en el tema de la salud. Fui enfermera durante muchos años y el saber nadar me ayudó a llegar a tiempo en medio de la lluvia a lugares de difícil acceso. Recuerdo una noche, era un mes de julio, pleno invierno, ya estábamos acostados, cuando en la comunicación por radio HF nos informaron que traían de camino a un camarada que lo había mordido una culebra. Era Gabo, un muchacho joven. El animal lo había mordido en horas de la tarde. Nos lo enviaron para ser atendido porque la unidad a la que él pertenecía apenas tenía un frasco de suero antiofídico, insuficiente, y algo gravísimo dado que en esa región hay mucha serpiente y predominan la Talla X, serpiente venenosa y mortal si su mordedura no se maneja a tiempo.

Recuerdo todo como si fuera ayer. El relevante ––jefe de guardias en un campamento fijo–– nos llamó para salir al encuentro del compañero mordido. Llovía a cántaros y las tormentas eléctricas no cesaban. Organizamos a toda velocidad un grupo de ocho personas. Yo era la encargada de enfermería. Salimos corriendo para salvarle la vida al camarada, pero a veces nos veíamos obligados a bajar el ritmo y caminar. Una distancia que normalmente se hacía en dos horas, la logramos en cincuenta minutos.

Cansados, mojados, pesados del barro, encontramos al grupo que lo traía, nos saludamos y apurados nos dijeron su situación de salud: la dosis de suero intravenoso ya se estaba agotando y empezaba a sangrar. Los relevamos, la lluvia seguía y nosotros tratábamos de correr para regresar pronto a nuestro campamento central. Cuando por fin desandamos el camino y llegamos al caño cercano a nuestro campamento, el agua estaba rebasada de tanto llover… Y nosotros ahí, con el enfermo, y el suero para continuar canalizándolo al otro lado. Eran como las once de la noche, cualquier minuto iba en contra nuestra, alumbrábamos con las linternas y el enfermo seguía en la hamaca tapado con una carpa espaldar para que no se mojara tanto. Aun así, venia escurriendo agua y casi en estado de inconsciencia. Nos mirábamos los unos a los otros, no sabíamos qué hacer. En un momento tomé valor y les dije que alumbraran en la dirección de la otra orilla,

que yo iba a pasar nadando a buscar una solución, porque no lo podíamos dejar morir ahí. Me dijeron que era peligroso, que estaba muy crecido el caño, pero me quité las botas y la ropa y me tiré en ropa interior más arriba. El agua me arrastró unos diez metros hasta que logré agarrarme de unas ramas y por ahí me salí.

Llegué al campamento y les dije que estábamos al otro lado con el enfermo. Sin claridad de qué hacer, amarramos un poliéster largo a una caneca plástica con tapa para que no se llenara de agua y flotara, tiramos una punta del poliéster atada a un palo al otro lado del río y nos quedamos con la otra punta. Cuando los muchachos halaron la punta que tenían ya en sus manos, luego de agarrar el palo, llegó allá la caneca, así que despertaron al enfermo y le dijeron que tenía que agarrarse fuerte de esa caneca. Con una hamaca lo aseguraron por si se soltaba y halando desde el otro lado logramos pasarlo. Nosotros seguimos trabajando con la caneca para que el resto de compañeros pasaran bien. La faena terminó como a las dos de la mañana. Con todos del lado de la orilla del campamento, fuimos a ver al enfermo, que ya hablaba y se sentía mejor al ser recanalizado y recibir más dosis de suero antiofídico y los demás medicamentos necesarios.

Al día siguiente todos nos reímos de la hazaña, incluido el enfermo que ya caminaba.

En esta tormenta de recuerdos imagino, por un instante, cómo hubiera sido nuestra vida en la selva en medio de una pandemia como esta del Covid-19. Nosotros, durante años, tuvimos que enfrentar diferentes enfermedades de manejo delicado. Ahora recuerdo esto que alguna vez me contaron: en los inicios de la lucha armada, cuando comenzaron a aparecer casos de leishmaniasis ––una infección parasitaria difícil de curar––, tuvieron que mandar a Francia a conseguir el *glucantime*, medicamento apropiado para tratar los casos más graves. En las FARC-EP nos enseñaron a no escatimar esfuerzos para resolver nuestros problemas de salud como combatientes. Nuestro hábitat en medio de montañas y selvas solía ser tranquilo, limpio y saludable, pero también significaba dificultades infinitas para obtener medicinas.

Al día siguiente todos hablaban de mi "acción heroica", pero el jefe me llamó y luego de decirme que el enfermo se recuperaba muy bien, me dijo que debía ser más prudente y tener más cuidado con el agua, porque a pesar de ser buena nadadora debía conservar cierto respeto por la naturaleza si no quería ahogarme un día. Eso me llevó a reflexionar, pues ya no era la niña que jugaba lleva, ahora era una mujer con responsabilidades y aprendizajes de la vida, una mujer que debía salvar vidas, pero antes que cualquier otra cosa, tratar de salvar la mía propia.

Hoy tengo tantos recuerdos maravillosos, aventuras que enriquecen mi vida y la visión que tengo del mundo como signataria del Acuerdo de paz con el Estado colombiano, y con optimismo realista sigo esperando y soñando que el acuerdo se implemente de manera integral para evitar otra fase de violencia y más dolor en la familia colombiana.





RÌO MORIBUNDO

Elkin Carabalí
(Con la colaboración
de Lisa Colorado
y Christian Rincón)

Hace un tiempo vi en Bogotá, en la calle 68, cerca de un almacén de cadena donde se deja ver el río San Francisco, un buldócer que sacaba residuos de todo tipo: costales, bolsas plásticas ya desechas y cadáveres de animales. La cuchara del buldócer se metía en el agua sucia del río, hacía un barrido e intentaba limpiar la fuente hídrica. Era como ver un gallinazo que entierra su pico en el cadáver para extraerle las vísceras y alimentarse. Hago un recorrido mental por el río moribundo y lo imagino atrapado, canalizado y contaminado como otros ríos de la ciudad.

El San Francisco, también conocido como río Vicachá, atraviesa Bogotá de extremo a extremo. Al interior de la ciudad el río está por debajo de la tierra, pasa por lugares como la calle Sexta y la avenida Jiménez, se encuentra con el río Arzobispo en la avenida Comuneros, se hace visible en la calle 24 y se desvía en la calle Tercera, entre las carreras 37 y 39.

Observo este río y su recorrido y pienso, en contraste, en la cuenca del río Catatumbo, con sus aguas cristalinas y llenas de vida. Me interesa el río, sus recorridos, la historia propia y colectiva que se va escribiendo con cada paso y cada huella de quienes transitamos sus cuencas. Para contar mi historia, yo tengo que hablar de los ríos y de las interacciones que vivimos en ellos.

Soy el cuarto de seis hermanos, viví gran parte de mi infancia en Norte de Santander en la época del apogeo del carbón y el alza de la valorización del bolívar en el mercado. Mi papá llegó a la región después de haber sido desplazado del Valle del Cauca. Buscaba mejores oportunidades. Trabajó en minas de carbón que nos permitieron conocer la región de Norte de Santander y la subregión nortesantandereana oriental. Estuvimos principalmente radicados en Cúcuta, en la década de los noventa. Para entonces, los sectores populares de Cúcuta no contaban con acueducto. Una de las opciones para poder tener agua era comprarla por tancados, que por esa época podían costar entre dos mil o tres mil pesos. Recuerdo que mi mamá se reunía con las vecinas del sector, acumulaban la ropa de la semana y se iban a lavar juntas al río Pamplonita, que atraviesa el municipio que lleva su nombre, pasa por Cúcuta y desemboca en el río Catatumbo, pero ya en territorio venezolano. Ahí también conocí el río Táchira, que divide los departamentos de Norte de Santander y el Táchira. Su nivel de contaminación te quemaba los ojos. En la operación de lavado participábamos los niños, que acompañábamos la labor jugando lleva o pescando panches con un procedimiento sencillo: aprovechábamos que estos peces se alimentan de la lama de las piedras y metíamos nuestras manos pequeñas hasta el fondo del agua para agarrarlos mientras comían. El panche es un pescado que parece un helicóptero arpía, de esos que usaba el ejército en sus operaciones de ataque sobre nuestros campamentos. El vallenato estaba en auge. Agrupaciones musicales como el Binomio de Oro con Rafael Orozco, Silvio Brito, la selección Colombia del Pibe Valderrama. Era la víspera del mundial de Italia 90. Era la época del trompo y las canicas. En el Norte de Santander mi familia estaba completa, estable.

Fue este el momento en que mi papá empezó a hacer activismo político. Participó en procesos como veedor ciudadano y líder comunal. Con sus labores, llegaron amenazas de actores armados del paramilitarismo. Después de esto, la época de la estabilidad dejó de ser una realidad para desembocar, nuevamente, en el desplazamiento. Mi papá volvió a verse obligado a irse y regresó al Valle del Cauca con uno de mis hermanos. Yo estudiaba Comunicación Social en un Instituto y trabajaba para pagar mis estudios. Entre la devaluación del bolívar y el desplazamiento de mi padre terminé por desmotivarme y abandoné la carrera. Eran los inicios del año 2000, donde todas las predicciones sobre el fin del mundo fallaron y, en lugar de acabarse, el mundo solo cambió. En mi mundo se instaló un nuevo fenómeno: el asesinato de líderes sociales.

En ese entonces yo era indiferente a la situación del país. Un año después de que mi papá se fue para el Valle del Cauca decidí irme para el Catatumbo en busca de la coca. Me fui como raspachín, con mi hermano mayor. El Catatumbo y su zona montañosa me abrigaron por más de dieciocho años, aunque raspando hoja de coca no duré mucho, porque poco después de estar en eso pedí ingreso en el movimiento.

La verdad es que cuando me fui de Cúcuta partí con la decisión de pedirle ingreso al primer guerrillero con el que me encontrara. Faltaban ocho días para terminar mis tareas como raspachín. Recuerdo que tenía planeado regresar un sábado a Cúcuta. Con la coca trabajaba en una vereda que se llamaba Caño Mariela, atravesada por un río con ese nombre. Ese día entraron unos paramilitares al lugar y mataron a un anciano, le robaron su machete y su mula, esto después de acusarlo de haber alimentado a unos guerrilleros del ELN que pasaron por la vereda.

Con el paso de los días se empezaron a escuchar rumores de que había presencia de guerrilleros que buscaban plantar combate a esos paramilitares. Junto a los rumores llegaron, efectivamente, como fantasmas, dos guerrilleros a la vereda para hablar con los obreros sobre lo que había pasado con los paramilitares. Ahí pedí el ingreso. Delante de todos los obreros que estaban raspando coca me fui para la guerrilla. Todo lo que había trabajado lo dejé ahí. Le dije a mi hermano que cobrara mi parte del pago y que me saludara a mi madre en Cúcuta cuando fuera. Salí con lo único que tenía puesto y dos mudas más de ropa. Caminé todo el día hasta llegar al campamento.

Estábamos en uno de los caños que desembocan en los ríos Oro y Catatumbo. De ahí sacábamos arena para construir los escenarios para el entrenamiento. En ese lugar hice mi curso de ingreso al movimiento por un periodo de cuatro a cinco meses. Mi primera experiencia fuerte en el Catatumbo fue cuando casi me ahogo en ese mismo río del que sacábamos arena. Lo vi pequeño, me confié y traté de nadar de extremo a extremo. Me metí nadando con ropa, botas y todo, pero me ganaron los nervios y me quedé en la mitad del trayecto. Me salvaron mis compañeros que me sacaron casi inconsciente.

El comandante Jacobo Arenas ––uno de los fundadores de las FARC-EP–– decía que los guerrilleros éramos como los caracoles, porque siempre llevábamos la casa en la espalda. Nuestro techo era el cielo y así vivíamos. Esa es la experiencia de lo fluido que representábamos, nuestra marcha era como el recorrido de un río. Pero, al mismo tiempo, estábamos sujetos a una organización y estábamos limitados a pertenecer solo a ese grupo y a esa experiencia. Esas cosas se suplían con que, después de perder la familia de sangre, ganábamos una familia política. Y por eso, aunque fuera lento, caminábamos con la certeza del valor de la palabra y, aun en los tiempos más difíciles, no desfallecí ni me rendí.

En este lugar y en este momento, pienso que Colombia se me parece a un río muy grande, un río muy bonito que, como todo río, tiene un punto en el que desemboca: un mar abierto, limpio y nítido. Pero Colombia es también un río con profundas heridas causadas por años de contaminación; años de recibir en sus cauces la mala administración de los desechos, la tala de los bosques, la falta de cuidado y la destrucción de su vegetación. Es un río herido por años y años de dinamita detonada para alimentar los intereses económicos de unos pocos. Por eso hablo del río moribundo. El punto de partida del río subterráneo que atraviesa Bogotá es también el punto de partida de mis reflexiones. Todo lo que he vivido, así como el río subterráneo, tiene un destino, y en cada paso que he dado no he logrado dimensionar en dónde voy a desembocar: he vivido una vida de guerra, de experiencias que me sitúan en un contexto nacional e histórico de guerra intensa, esto durante los últimos veinte años de mi vida.

Cuando me reincorporé a la vida civil ––o me reincorpore, porque no sé cuándo acabe este proceso–– regresé sin saber que reviviría los mismos sinsabores y las mismas experiencias que un día me hicieron huir a la montaña. Esto es un encuentro de dos caras que no termina de ser y que tampoco es completamente un desencuentro. En mi experiencia en la guerra, a pesar de todo, intentaba beneficiar a los ríos y trataba de cuidar la naturaleza. Este río sucio, río citadino, río moribundo, me hace pensar en las aguas limpias que quedaron atrás y en la oportunidad que hay para mejorar entre todos: a partir de la historia subterránea, esa que no se cuenta en los libros oficiales, quizás nos escuchen acerca de lo que significa este contexto de reincorporación.

Hablo de situaciones, las llamo *subterráneas* y pienso que se pueden trasladar y develar para el bien de todos. Aun cuando este río lleva sus aguas sucias, es posible que lleguen a buen puerto, a un buen destino, a una construcción común. Como el río que baja del cerro de Monserrate, nosotros también bajamos de la montaña, y así como el río trae noticias nosotros también traemos buenas noticias del monte. Traemos noticias frescas. No es posible que se ensucie o se enturbie la memoria de la historia no contada de este territorio.

Venimos a un proceso de reincorporación, pero hemos llegado a lo mismo, a encontrarnos con lo mismo que nos hizo empuñar las armas y unirnos a la vida guerrillera. Al mirar la contaminación y el mal manejo que hay de los recursos por parte de la sociedad, encuentro necesario aceptar el aporte de todos los colombianos, porque sin eso vamos a continuar siendo agua sucia, agua encarcelada, una vida que camina enferma, que se ensucia en cada paso y de esa manera no hay reincorporación o cambio que fluya.





AGUA QUE CORRE

Lizeth Rentería

(Con la colaboración
de Lisa Colorado
y Christian Rincón)

Cuando hablo del agua no puedo concentrarme en una sola historia o en una sola emoción. El agua para mí es vida, pero también peligro; es transparencia, pero también misterio. Mi relación con el agua se ha construido desde esas dualidades. Soy del Cauca, hija de indígenas que un día se fueron de un territorio en el que no pudieron vivir más. Nací y me crié en el Cauca, en medio de la violencia de mi papá hacia mi mamá, en medio de las caminatas de las FARC por mi vereda, y allá mismo me enfilé. El 7 enero del 2007, con diecisiete años, tomé la decisión de empuñar las armas en las guerrillas colombianas. Luego me formé en la cuna de la resistencia, Marquetalia, en el Tolima, un lugar montañoso, acompañado de cabeceras de paramos, caños y el río Atá.

Yo vivía con mis padres en un entorno en donde la violencia no era ajena a ninguna de las personas que habitaban allí. Intenté ingresar dos veces al movimiento. La primera vez me dijeron que no, que estaba muy pequeña. La segunda le dije a Eliécer que me llevaran en ese instante, porque si no, yo me arrepentía. Llegué muy asustada. Aunque fue mi decisión, siempre se siente susto. Al otro día me dieron caldo, arepa y media jarra de chocolate. Ese mismo día, a eso de las dos de la tarde, nos mandaron a todos a bañarnos, que era una actividad que hacíamos juntos en el río. Esas fueron las primeras cosas que me impactaron y me costaron mucho los primeros baños. Hubo momentos duros, porque no se puede decir que en la guerra no hay momentos duros, pero, aunque no sabía lo difícil que iba a ser, nunca me arrepentí de haber enfilado. Yo me fui sabiendo que no estaba cómoda en la vereda, buscando una vida diferente.

En mi trayectoria por la organización conocí sitios muy lindos, que me permitieron entender y descubrir que Colombia es un territorio en el que se encuentran todos los paisajes y muchos pisos térmicos, lo que lo hace un país biodiverso y en urgencia de ser cuidado. Mi paso por el movimiento también me hizo centrar la atención en la forma en que, el agua, es a la vez un recurso valioso que debemos cuidar, pero también una fuerza que quita la vida, porque el entorno natural siempre te muestra esas dos caras, la de los beneficios y la de los peligros y la fragilidad humana. Pienso en mi paso por Villa del Norte, en Belalcázar, allá también en el Cauca. Muchos años después, la tragedia de una avalancha que destruyó el lugar seguía ahí. El agua había arrasado consigo miles de toneladas de tierra dejando hundida a una comunidad. Pero el agua también mostraba la huella del abandono del Estado a una comunidad que se quedó sin nada, al punto de poder ver los rastros del desastre tantos años después.

Cuando pasaba por las lagunas me daba miedo encontrarme con animales en el fondo del agua o incluso no nadar bien y ahogarme, porque antes de llegar al movimiento yo no sabía ni nadar. De hecho, mucho tiempo antes de entrar, recuerdo que mi primer encuentro con un caño estuvo marcado por la ingenuidad de creer que era fácil tirarme y nadar. Sin embargo, lo que sucedió fue que me quedé en la mitad del charco, tratando de mantenerme a flote porque me estaba ahogando. Me sacaron un niño y una niña de unos ocho años. Hay momentos que la misma naturaleza la lleva a una a sentir temor o nervios. A pesar de este miedo, al mismo tiempo me gustaba detenerme en la belleza de la vida que habita esos entornos. Recuerdo en especial las caminatas que hacíamos por el páramo, donde podía visitar las lagunas de color aguapanela. Allí observaba el rocío en las hojas de los frailejones en la sabana paramuna. Cuando nos quedábamos cerca de las lagunas, me gustaba ir a observar sus orillas, a eso de las cinco de la tarde, porque a esa hora se dejaban ver las truchas:

miraba cómo se alimentaban, cómo salían a cazar. Y los páramos son bonitos, pero tienen la desventaja de que ahí todo es blandito. Es como caminar en una bomba llena de agua.

Las aguas que visito ahora están todas contaminadas. Desde donde hablo hoy hay mucha contaminación, y en un mismo estanque puedo ver verde, negro y percibir un mal olor, que me hace pensar en lo difícil que resulta que los seres humanos entendamos la importancia del cuidado, que es la huella y el más grande aprendizaje que conservo.

En el camino, y como parte también de mi herencia indígena, aprendí a leer a las personas y a las señales que dejaba la naturaleza. Aprendí a escuchar, con mucha atención, las instrucciones de los camaradas. Cada paso que dábamos proporcionaba una clave para adentrarnos, de la manera más segura posible, en los territorios que recorríamos. Cuando se nos acababa la carne en el campamento nos mandaban a pescar a las cabeceras de los ríos, lo que solo hacíamos en estos casos de necesidad y con el cuidado y de no tomar más de lo que estrictamente necesitábamos. En mi paso por cada territorio, además de ver las dualidades y complejidades de la naturaleza, aprendí que cada lugar exigía un cuidado especial: tratábamos de generar la menor cantidad de basura posible, de no talar árboles a menos de que fuera completamente necesario, no desperdiciábamos comida y siempre estábamos juntos.

Estando en el movimiento empecé a creer que la naturaleza y sus distintos elementos tienen vida propia, sienten y se enojan ante nuestra bulla, ante nuestro paso descuidado y ante la falta de conciencia al visitar un territorio. Hay que saber leer las señales y escuchar lo que nos dice la laguna o el cielo. Tal vez suene ingenuo, pero estoy segura de que, bien escuchada el agua, ella habla con la más vital sinceridad.





AGUAS EN GUERRA AGUAS EN PAZ

Gabriel Ángel

La vida guerrillera impone un encuentro brutal con la naturaleza, extraña y esquiva para quien proviene de la ciudad y confidente cercana para el nativo del campo. El piso de tierra o piedra, a veces horizontal y muchas otras inclinado, puede ser seco, húmedo, totalmente acuoso como cuando se vadean ríos o rebalses, o una masa pegajosa cuando las lluvias invernales lo convierten en barro. El aire cargado de sonidos de aves, insectos y monos de los árboles suele ser muy frío en los terrenos altos, colmado de niebla, viento y gotas de lluvia en los páramos, tornarse ardiente en las tierras bajas, delicioso bajo el manto de la espesura, o desesperante tortura bajo el rayo directo del sol tras las primeras horas del día.

Se habita en un entorno de color verde, en el que sólo el piso y los troncos de los árboles asumen una tonalidad oscura. Los rastreadores son capaces de reconocer el trillo dejado por el paso de cualquier ser viviente, determinar su naturaleza y cuánto tiempo tiene de haberse creado. Se aprende rápido que ante el ojo vigilante nada es más revelador que el movimiento. Se puede pasar largo tiempo observando un paraje con el mayor cuidado sin descubrir nada, hasta que el objeto de interés se mueve. Ahí está, ahora se puede saber qué rumbo lleva. Los miles de verdes que ostenta la vegetación se adornan a veces con el colorido de las flores, pero se trata de colores quietos y mudos. El ligero desplazamiento de un color delata al ser vivo. Por eso, para moverse, hay que estar oído atento a los ruidos. Animales invisibles advierten y proclaman la presencia extraña. Mala suerte para el humano que no se percata de ello.

El reino animal, en el que unas especies son alimento de otras, se caracteriza por el ocultamiento. Ninguna especie camina por ahí expuesta a ser observada. Saben que un enemigo inesperado las puede hacer su alimento, así que procuran ser silenciosas e intangibles. Por eso la primera pregunta del novato al penetrar la selva es dónde están los animales. Ahí están, solo que harán cuanto esté a su alcance para no ser vistos. Todo lo que libremente emite ruidos y permite ser observado es de naturaleza humana. Las voces de los niños, el hacha que echa abajo el árbol, la conversación de los hombres durante su trabajo, el galope o el relincho de las bestias, el canto de la mujer que lava ropa en la cañada, los latidos de los perros de caza. Campesinos, los más cercanos vecinos de la jungla, a la que llaman monte o montaña, conforman el cordón de vida humana que la circunda. Son, por tanto, el puente obligado entre el interior y el exterior de la selva.

Cuando llegué de la ciudad con destino a la guerrilla, la muchacha que me guiaba indicó que debíamos dormir en la casa de Francisco, una de esas puertas clandestinas por las que se puede ingresar al mundo prohibido. Pasamos allí una noche, esperando la comisión que vendría a recogernos para llevarnos al campamento. El agua llegaba por una gruesa manguera hasta una caneca ubicada en el patio. De allí la tomaban para preparar los alimentos. Podíamos lavarnos la cara y cepillarnos los dientes en el improvisado lavadero, una armazón de estacas y travesaños con una enorme piedra plana encima. Pero había que bañarnos y lavar la ropa, lo que no podíamos hacer allí, a la vista de los de la casa. Así que a la mañana siguiente caminamos hasta la quebrada cercana, donde un pequeño pozo recogía el chorro que bajaba de la montaña. Fue mi primer contacto con el agua silvestre, la misma a la que tendría que recurrir durante los siguientes treinta años.

Con el tiempo aprendería que sólo en las cordilleras el agua que desciende dando saltos y tumbos, ya sea en tiernos nacimientos o en caudalosos ríos, tiene esa apariencia cristalina y fresca que enamora al verla. Su transparencia permite apreciar los pececillos que por centenares nadan con desprevención, al igual que los renacuajos que algún día serán ranas y sapos que con su croar incesante darán serenata gratuita bajo las estrellas. También las piedras de colores con sus caprichosas formas y tamaños. En las tierras planas de los valles las aguas se tornan pardas y ya no es posible ver nada bajo ellas. Adquieren el color del barro, más ocre y espeso si arriba los hombres trabajan minas. Siempre me llamó la atención que en las pinturas y fotografías de los ríos su apariencia es azul, quizás por efecto de la luz, el aire y el cielo. Al ojo humano directo su tonalidad es distinta, como si el arte pudiera recrear la naturaleza y hacerla más bella.

Recuerdo un campamento en la Sierra Nevada de Santa Marta, en una vereda lejana a la que tardábamos diez horas en acceder a buen paso desde la estación de la línea. Estaba ubicado en una falda, en medio de una montaña fría compuesta por árboles gigantescos. Una pequeña corriente de agua bastaba para la preparación de los alimentos y el aseo elemental de todos. Por entonces sólo estaba permitido el baño dos días a la semana, los miércoles y domingos. No podíamos exponernos tan frecuentemente a que el enemigo nos sorprendiera casi desnudos y sin armas. Como éramos un centenar, había que buscar otras aguas más abundantes para bañarnos todos. Así que emprendíamos la marcha montaña abajo, hasta hallar el paraje propicio. La mitad pagaba guardia mientras la otra mitad se bañaba y lavaba la ropa. Luego se invertían los papeles. Echábamos la ropa mojada en bolsas plásticas y una vez todo el grupo estaba listo emprendíamos el regreso cuesta arriba. Llegábamos sudando al campamento, perdiendo el baño, pensaba yo. Había que esperar otros días para volver a bañarnos. Aquella extraña lógica me irritaba.

Desde algunos puntos de esas alturas, por entre claros de la espesura, podíamos apreciar a la distancia el mar, azul o gris según el color del día. Su apariencia era enorme. También algunos buques grandes que navegaban cerca a sus costas. Y tierra adentro, aunque apenas separada del mar, veíamos la Ciénaga Grande, con una forma exactamente igual a la que aparecía en los mapas. Como jamás en mi vida había subido a una embarcación, creía reconocer en mi ánimo el mismo sentimiento que debió haber sentido Colón de niño, soñando navegar aquel océano para descubrir qué había más allá de lo que alcanzaba su vista. Yo sabía qué había, el Caribe y sus islas de ensueño. Razón de más para divagar en torno a los encantos que podían hallarse.

El invierno en la Sierra comienza con lluvias que caen en la madrugada y luego van adelantando su horario una hora, hasta que llueve al atardecer y finalmente en la mañana. Entonces es supremamente recio. Con la ventaja de que tras las lluvias calienta el sol y todo termina secándose bajo sus rayos. Todo menos los caminos ocultos por los árboles espesos, que día a día, con el paso de los hombres y las bestias, se tornan en una trampa de barro y pantano. Es duro transitar por ellos con un equipo pesado a la espalda, las fornituras puestas y el fusil terciado. Pero más duro todavía tener que cruzar los ríos que descienden con un caudal inaudito y una fuerza indescriptible. Nunca dejaré de admirar la fortaleza y la pericia de los guerrilleros campesinos para pasar aquellos torrentes con los equipos sobre sus cabezas, una y otra vez, para finalmente regresar y encabezar cadenas de combatientes que tomados de las manos logran vencer aquellas aguas turbulentas. Sin muchachos así la guerrilla no hubiera podido operar en las selvas.

El verano en cambio es un entorno de encanto. Desaparecen los barros, las tormentas eléctricas y las crecientes de las aguas. Los ríos terminan por revelarnos pozos que parecen

hermosas piscinas, en los que se puede nadar con enorme libertad y alegría. Además quedan a la vista esas enormes piedras que García Márquez describió como huevos prehistóricos gigantes. El sistema montañoso es más o menos así, un río grande seguido de una alta y larga cordillera tras la cual hay otro río y luego otra cordillera, como si se tratara de una estrella fija en tierra, en cuyo centro se encuentran las montañas más altas del país, cubiertas todavía de nieve todo el año. Cuando se marcha, se sube a un filo alto durante un par de horas, y luego se desciende de él. La recompensa es envidiable, el baño en las aguas dulces y frescas del siguiente río. Nada mejor que tomarlo con su compañera de lucha, jugueteando y haciendo el amor bajo ese cielo envidiable.

Como decía atrás, otro es el aspecto de las aguas en un valle como el del Magdalena Medio. Allí todas son espesas, pero bajo ellas nadan aún miles y miles de peces que alimentan a sus pobladores y se comercian a otras partes del país. Hay ríos, como el Opón, de coloración negruzca, con aguas cargadas de incontables granos de arena. Y está el rey de todos, el Magdalena, impresionante en su tamaño y testigo de infinitas historias de sangre y despojo. La guerrilla se veía obligada a cruzarlo de un lado a otro en sus desplazamientos entre Santander y Antioquia. Había que hacerlo de noche, en canoas a motor que pasaban de sesgo en un largo recorrido, expuestas a que en cualquier momento apareciera una nave de la Armada y las interceptara o hundiera. A bordo, sus ocupantes silenciosos empuñando sus fusiles, procuraban no pensar en eso. El cruce era más angustioso en verano, cuando el nivel del río descendía de tal modo que en algunos tramos el fondo de la canoa hacía piso e impedía al motor arrastrarla. La canoa encallada obligaba a sus pasajeros a bajar de ella para mecerla y moverla a fuerza de brazos, hasta que volvía a encontrar agua donde navegar. Todo eso bajo la iluminación de las torres de la refinería de Barrancabermeja, cuyas llamas alumbraban kilómetros a la redonda, como en una escena medieval del infierno.

Aguas limpias sólo se hallan en las estribaciones de cualquiera de las cordilleras que desde la distancia vigilan al río Grande, o Yuma, como lo llamaron los extintos indígenas yariguíes. Esas sí son transparentes, hasta cuando, repito, la búsqueda incesante del oro y luego el trabajo de su extracción terminan por oscurecerlas y hasta envenenarlas. Pese a eso es inmensa la selva que queda todavía, y por tratarse de terrenos quebrados, son muchas las fuentes de agua pura que brotan como bendiciones. Los colonos y campesinos, en su empeño de tumbar y abrir fincas, se introducen cada vez más adentro de la montaña, situándose inevitablemente al lado de una corriente cristalina. Prácticamente todos terminaban sirviendo de apoyo a la guerrilla. De alguna forma, ellos y la guerrilla se daban la mano en la solución de sus problemas. No resultaba extraño, por eso, que en las operaciones que montaba el Ejército se presentaran hechos de sangre que terminaban involucrando de algún modo a la población campesina.

Recuerdo un comando que trataba de ubicar la tropa que se movía con sagacidad en un área del nordeste de Antioquia. La idea era descifrar sus movimientos, para poder emboscarla u hostigarla. Cansados de seguir rastros que se les perdían, decidieron esperar en un pequeño filo montañoso, abajo del cual se hallaba la casa de los campesinos. Estos últimos les preparaban los alimentos y se los subían al filo. Los guerrilleros enviaban pequeñas exploraciones a detectar presencia del enemigo. Una pareja de rebeldes, Sandra 12 y Andrés 20, se hallaba al atardecer en la casa, tras haber terminado el recorrido de su exploración. Los números indicaban el frente de donde provenían. La campesina les había ofrecido comida. Allí escucharon la balacera en el filo, era lógico pensar que la tropa había descubierto a los otros miembros del comando y los combatía. En cuanto salieron de la vivienda, una ráfaga de disparos sobrevoló sus cabezas. Sin más alternativa, emprendieron carrera cañada abajo. Los tiros que caían al agua la hacían salpicar con impulso a lado y lado de los muchachos.

Andrés corría adelante y Sandra atrás. Infortunadamente, el fuego alcanzó a Sandra. Unos segundos después los soldados llegaron a su lado. El capitán, con gesto ágil, desenfundó la pistola y le propinó un disparo en la cabeza. El agua de la cañada comenzó a tornarse roja. Historias parecidas ocurrieron muchas veces.

No hay ser vivo que pueda sobrevivir sin agua por demasiado tiempo. Menos si está marchando con una carga pesada y bajo un calor sofocante. Recuerdo una tarde ardiente sobre la margen izquierda del río Opón, en Santander, abajo de Puerto Parra. Pleno valle del Magdalena Medio, uno de los lugares más calientes del país. Una veintena de guerrilleros caminábamos río abajo, procurando poner la mayor distancia posible con el Ejército, al que habíamos enfrentado varias veces los días anteriores. La zona era dominada por los paramilitares. Nos hallábamos en medio de una auténtica maraña. Bejucos de todas clases, maleza. La sed obligó a designar dos que se arrimaran a la orilla del río, completamente cubierta por monte, para que arrojaran un timbo de plástico de cinco galones al río, y luego de llenarlo lo subieran de nuevo, halando la cuerda al que iba atado. Cuando regresaron, procedimos a preparar un refresco con azúcar y limones. Más aliviados, continuamos la marcha, rompiendo la manigua, hasta que hallamos un cañaduzal. Alguna vez debió existir una finca ahí. Apurados por el hambre, procedimos a descargar los equipos, cortar unas cañas, pelarlas y sentarnos a disfrutar del manjar. No habíamos almorzado.

De pronto sonó una ráfaga de fusil, a la que siguió un intercambio cerrado de fuego. No había duda, el Ejército nos había alcanzado y se enfrentaba a nuestra retaguardia. Después habríamos de enterarnos de que cuando los dos muchachos fueron a tomar agua del río, habían sido observados por la tropa que justamente se hallaba ubicada en la otra orilla. La maleza que cubría ambos lados impedía observar lo que se hallaba unos centímetros adentro. Con el mayor sigilo, varios soldados buscaron una canoa, cruzaron al lado nuestro y nos siguieron. Algún campesino debía habitar cerca de la margen opuesta. Cuando sonaron los disparos, no hubo otra alternativa que retirarse. Los proyectiles silbaban sobre nuestras cabezas, al tiempo que luchábamos con los machetes en mano para abrirnos paso. Quizás duramos quince minutos rompiendo maleza, cuando de repente salimos a un potrero inmenso. Aquello significaba que más adelante, en algún lugar que no veíamos, debía haber una vivienda habitada. Nos separamos unos metros uno del otro y avanzamos lo más rápido que pudimos hacia el potrero completamente descubierto. Para nuestro fastidio, estaba inundado por las lluvias de los días anteriores. El agua nos llegaba casi a las rodillas y nos impedía adoptar la prisa que requeríamos. Imaginábamos que la tropa asomaría en cualquier momento al potrero y nos fumigaría con sus armas. El mando ordenó a dos unidades adelantarse hasta hallar población y averiguar por algún motor canoa que nos pudiera sacar de semejante embrollo.

Los muchachos saltaron como venados por entre aquel pantano y se nos fueron adelante. Para nuestro alivio, alcanzamos a cruzar los trescientos metros de potrero sin que la tropa asomara al mismo, aunque oíamos el fuego a nuestras espaldas. Algunos camaradas se habían quedado combatiéndolos. Recuerdo que apenas pasamos el potrero, detrás de una mata de monte alto, distinguimos una vivienda campesina en la que alcancé a ver dos o tres rostros asustados. Frente a la vivienda había un embarcadero y justo en ese momento vimos llegar al mismo una canoa grande, de las que hacen la línea por el río. El mando habló unas breves palabras con el motorista, y tanto él como su ayudante nos invitaron a abordar cuanto antes la canoa. Fuimos brincando uno a uno a ella, y luego quedamos a la espera de quienes pudieran aparecer. El mando observó el potrero hasta asegurarse de que no veía a nadie más. Entonces dio un salto al embarcadero y subió también a la canoa.

Enseguida el motorista la hizo retroceder unos metros, dio la vuelta y partió raudo río abajo. La brisa fuerte que nos golpeó en el rostro pareció regresarnos a todos la seguridad en la vida. Estábamos a salvo. Al contarnos supimos que faltaban tres de los nuestros.

Ríos majestuosos son aquellos que nos transmiten la sensación de inmensidad, que logran hacernos sentir pequeños y vulnerables. En cierta ocasión descendimos durante un par de noches por el Guainía. Los guías, capaces de distinguir en medio de la oscuridad más intensa, nos avisaban a tiempo cuando nos acercábamos a alguna población ribereña, generalmente de indígenas, para que guardáramos completo silencio, lo que incluía apagar el motor y dejarnos llevar por la corriente, sin la menor posibilidad de encender una lámpara que nos permitiera ver algo en las tinieblas. Podían pasar hasta veinte o más minutos así, apenas escuchando el suave golpe de dos remos en el agua. Entonces volvíamos a encender el motor y continuar el descenso, iluminados de nuevo por la lámpara del motorista. Pese a ello, había rocas apenas ligeramente cubiertas por el agua, que escapaban a su destreza, por lo que de pronto la canoa resultaba montada sobre ellas, como una foca que saltara sobre algo sólido en medio del mar.

De inmediato sobrevenía la orden de quedarnos quietos, para evitar que se volteara la embarcación y nos hundiéramos con ella. Dejando nuestras cosas en su piso, debíamos saltar al agua y nadar en medio de la noche, mientras un par de muchachos bamboleaban la canoa hasta hacerla posar de nuevo en el lecho normal del río. Una vez a bordo, procedíamos a vestirnos y continuar como antes. Pudo pasar eso dos o tres veces cada noche. Lo impresionante fue ver, en la madrugada que siguió a la segunda noche, el magnífico esplendor del río. Creo que nunca había visto tanta agua a lado y lado de nosotros. Unas playas demasiado lejanas, vestidas con arenas casi blancas, los cerros distantes cubiertos de vegetación y una selva tupida en cada orilla se encargaban de revelarnos por dónde habíamos estado navegando durante la noche. Sólo entonces tomábamos consciencia de los riesgos tan grandes que habíamos vivido en la oscuridad. Vida y muerte andaban tomadas de la mano eligiendo al azar a sus protegidos y a sus víctimas. Consideramos una suerte haber sido elegidos por la primera, que nos permitía contemplar cómo se alzaba otra vez el sol en el horizonte.

Así como en unas ocasiones había mucha agua, también en otras se hacía casi nula. En los días finales del verano, las corrientes menores desaparecían, sólo los ríos grandes eran capaces de sobrevivir. Las operaciones enemigas y los sobrevuelos de la aviación de guerra obligaban a acampar lejos de las orillas de los mismos, en donde resultaba imposible encontrar agua corriente. La solución inmediata era cavar pozos profundos, a veces de varios metros, hasta que brotara el líquido del fondo. Luego de que emergiera había que dejarlo sentar, para que quedara sin barro. Con esa agua se preparaban los alimentos y nos bañábamos por turnos. Para que hubiese mayor rendimiento, teníamos que cavar más de una docena de aquellos pozos para el colectivo. Algunos, pese a su cansancio, se inclinaban por cavar su pozo personal, normalmente para ellos y sus compañeras. Y se ofendían si algún otro llegaba a sacar agua de ahí. Los mandos no intervenían en esos casos. Aunque no fuera normal en las FARC, el trabajo individual se respetaba en situaciones así.

La relación guerrillera con el agua era vital. Así fuera en los rucios, esas franjas de selva enana y hostil que preceden el ascenso a los páramos. Allí se ubicaban por lo regular los nacimientos, pequeños hilos que brotaban de entre las rocas, caracterizados por su transparencia y temperatura helada. Acampar a su lado significaba aprovechar al máximo unas aguas que podían compararse con la que brota de un grifo. De allí las llevaban para los casinos, y allí había que bañarse,

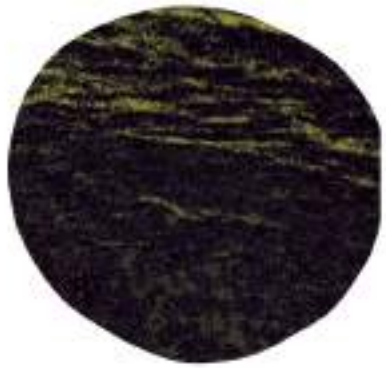
en ropa interior bajo un frío de nevera, con una ollita en las manos, esperando llenarla para llevarla a la cabeza con calma y esparcirla por todo el cuerpo, apelando al valor de esperar otra llenada para continuar el baño. Desde luego lavar la ropa resultaba una verdadera odisea, sobre todo si atrás de uno había cinco, diez o veinte compañeros más afanados por su turno. Igual sucedía en el páramo, cuando los campamentos se instalaban en filos a los que se llevaba el agua con una manguera de media pulgada de agua. Allí, en los páramos, también suelen correr quebradas límpidas en las que uno puede sumergirse, aunque por la baja temperatura pocos aguantan más de tres segundos.

Podría continuar indefinidamente describiendo paisajes y situaciones vividas en relación con el agua. Como los baños en carrera con el chorro que caía de la carpa de casa en violentos aguaceros, la forma más fácil de asearse cuando la presencia enemiga en el área se hacía amenazadora. O el desespero con que se lamían las hojas para mitigar la sed con las gotas de rocío que las cubrían en las mañanas. Hablar de los bejucos que cortados de manera rápida dejaban expulsar agua por un buen rato, hasta llenar ollas grandes con la misma. O de los trabajos que pasábamos cuando se crecía una quebrada a cuyas orillas habíamos acampado, obligándonos a recoger todo aprisa y correr en busca de un lugar alto donde salir del agua que nos llegaba a la cintura. En un santiamén, tras un fuerte chubasco, el paisaje se transformaba de manera sorprendente.

Pero soy consciente de que debo llegar a un punto final. Y nada mejor que hacerlo recordando a dos guerreras que terminaron convertidas en ninfas, tras perder la vida en medio de las aguas. Omaira, en las del río Cimitarra, en las bocas del caño Don Juan, en el nordeste de Antioquia, a quien el Ejército sorprendió desayunando en la casa de un campesino ribereño. Desesperada, no halló más recurso para huir que arrojarse al río, siendo acribillada por la tropa desde la orilla.

Su muerte nos conmovió a todos. Como la de Yuri, una linda y sonriente muchacha del 40 Frente, a quien arrastró una creciente del río Perdido, en las selvas del Leyva, al noroccidente del Meta. Su compañía cruzaba el río cuando bajó la bombada de agua, sin que ninguno pudiera ayudarla. Días después hallaron su cuerpo aguas abajo, con su belleza en gran parte devorada por los peces.

Todo aquello quedó atrás con la firma de los Acuerdos de paz que tanta esperanza sembraron en el alma de nuestra nación. A veces, debo confesarlo, su suerte me recuerda la lucha en una canoa que comienza a hacer agua en la mitad de un río, mientras sus preocupados ocupantes tratan de expulsarla con pedazos de tarros plásticos. Chorro contra brazos, enemigos de la paz contra un pueblo que la defiende. Así vive Colombia, en remolino incesante de angustias y heroísmo.



AHORA QUE TENEMOS TIEMPO

Carmen Capacho
(Con la colaboración
de Lisa Colorado)



La muerte para nosotros los guerrilleros era algo del diario vivir. Sabíamos que nos asechaba y que, en combates, bombardeos y desplazamientos (ahí era aún más presente), algunos íbamos a morir. Nadie se sentaba a pensar qué pasaría si alguno se moría. Me acuerdo de una época en la Macarena, un periodo de alrededor de un año, en el que casi todas las noches nos bombardeaban. Estábamos cerca del Mono. Fueron muchísimas veces, aunque el bombardeo del 22 de septiembre de ese año, que no quiero recordar, fue el peor de todos.

Para nuestra protección hacíamos trincheras, a la orilla de la caleta, y cuando sonaba el avión todos nos lanzábamos allí. En esa época el clima tampoco nos ayudó. Recuerdo que estuvimos en medio de un invierno muy fuerte, la lluvia era brutal y las tormentas estaban acompañadas de granizada y rayos y las trincheras se nos llenaban de agua. Cada vez que escuchábamos el avión y nos tirábamos a la trinchera teníamos que acompañarnos de las ollas en las que recibíamos la comida para sacar y botar agua de la zanja y podernos agachar. Lo que habíamos aprendido era que, si la bomba nos caía pegadita, y nos cercaba la tierra, pues moríamos ahogados y no por el bombardeo.

Cuando mataban a algún compañero, y nos era posible, lo sacábamos, lo bañábamos, lo vestíamos, le hacíamos calle de honor con todos los méritos que tuviera y lo enterrábamos en algún lugar de la selva, en un hueco con todo lo que tuviera y ahí lo acostábamos y lo tapábamos. Ese era el entierro que se le hacía a los camaradas. Pero no había momento de llanto ni de duelo, seguíamos actuando normal. La muerte, como la presencia del agua, era natural, una consecuencia y una parte esencial de la guerra.

Ahora es cuando creo que estamos sacando los sentimientos de tantos años. Antes el trajín del día, el trajín de la guerra, el ir y venir de una cosa a otra, no nos dejaba reparar en los sentimientos de pérdida. Seguíamos porque ese era el trabajo. Ahora no, ahora tenemos tiempo de llorar y pensar; los sentimientos que tuvimos reprimidos durante tantos años podemos expresarlos. Ahora podemos llorar nuestros muertos. Por eso la pérdida de muchos camaradas después del proceso de paz nos ha dado muy duro. Hoy puedo contar que la muerte de Efrén fue un golpe muy duro para mí.

Durante las marchas que tuvimos con Efrén hacia Arauca, recuerdo especialmente un recorrido que hicimos por la Amazonía colombiana, una geografía intensa, hermosa, donde habitaban unas palmas gigantes que nunca volví a ver. Quedamos asombrados, porque no había ojo que alcanzara a atrapar la maravilla que estábamos presenciando. Cada hoja de esas palmas era más ancha que nosotros de brazos abiertos. A pesar de la premura de la marcha, nos tumbábamos a descansar, porque sentíamos que habíamos llegado a otro rincón de la tierra. En ese lugar había, además, caños ––ríos–– hermosos, con rocas que fácilmente se diría eran obras de arte. Nuestra única cámara, nuestra mirada, quedó agotada ese día.

Fue en ese trayecto donde aprendí una de las lecciones que me dejó la guerra: se camina más fácil con hambre que con sed; sin el agua no hay sistema vivo que sobreviva en este planeta. Dependemos completamente del agua, y es una dependencia asombrosa si consideramos el poco tiempo que conseguimos pasar sin ella.

Salimos a caminar a las siete de la mañana con el desayuno, el almuerzo y una pimpinita de agua amarrada al equipo. Poco después de desayunar agotamos el agua que traíamos, con la mala fortuna de que no encontramos más en ningún otro lado. Estábamos cruzando una zona con vegetación baja que no nos cubría del sol. Lo único que se sentía, aparte de los pasos y la sed, era el desespero de todos los camaradas. En cierto punto, Efrén les dijo a los guerrilleros que más andaban que se fueran a marcha libre hasta conseguir agua. Su misión era llenar los potes que pudieran y devolverse hasta donde estuviéramos los demás. Las palabras de Efrén, que trataban de apelar a nuestra disciplina y autocontrol, no surtieron efecto ese día. La sed que llevábamos no nos dejaba pasar ni un trozo de comida, así que ni siquiera almorzamos. Sobre las cuatro de la tarde llegaron los camaradas que se habían adelantado, a darnos de a copadita de agua a cada uno, y así aguantamos hasta las seis de la tarde que llegamos a un caño donde ya pudimos tirarnos, con ropa y todo.

La sede nacional del partido Comunes se encuentra en Bogotá en la calle 39, localidad de Teusaquillo. Es una casa de fachada bonita. En el segundo piso, al que se sube por escaleras de madera, se encuentra el departamento de contabilidad, afuera del cual tenía su escritorio Efrén, antiguo comandante guerrillero, convertido finalmente en Veedor del partido. La última vez que hablamos me comentó su inconformidad por el sitio que le habían asignado. No le gustaba permanecer todo el día en las oficinas de contabilidad y no entendía por qué alguien había tomado la decisión de sacarlo del lugar donde había trabajado los primeros meses.

Me parece verlo construyendo puentes con su tropa para cruzar ríos crecidos, o tomando la decisión de seguir la marcha, tras descubrir el trillo ––rastro–– enorme del paso reciente del Ejército. “Si nos encontramos con ellos, quemamos unos cuantos tiros y continuamos adelante. Si es el caso, con un muerto o un herido y ya. Pero no vamos a detenernos”. Ese era el viejo Efrén, un hombre sin pelos en la lengua, muchas veces imprudente. La última vez que lo vi, yo había llegado a la sede, en medio de un aguacero tremendo. Apenas subí al segundo piso, sacudiéndome todavía las gotas de agua, lo observé sentado en su rincón, mirándome con atenta y afectuosa curiosidad.

Once años atrás habíamos estado juntos en la marcha a la frontera, hacia donde habíamos partido desde la serranía de la Macarena, un mes después de la muerte del Mono Jojoy. Eso fue un octubre. Durante muchos días marchamos bajo la lluvia, con la carpa sin telita, cubriéndonos cabezas y equipos. A veces encontrábamos los ríos crecidos, o con huellas de una creciente de varios días atrás. Era medio centenar de metros, cuando menos, el terreno y la vegetación que a ambos lados del río nos enseñaba el barro liso y casi seco que los cubría. Apenas imaginaba uno la fuerza del torrente que por allí debía haber pasado.

Efrén fue un tipo decidido que no reparaba en obstáculos. Confiaba en que siempre los podía superar con la fuerza del colectivo que conducía. Un tigre para el combate con el Ejército, al que nunca tuvo miedo. También supo ser un hombre humano, atento a escuchar a sus tropas, comprensivo con sus problemas. Por eso, el día que me vio entrar al espacio de su escritorio me invitó de una vez a acercarme a él,

me preguntó cómo estaba, si quería un tinto para calentarme y me ofreció una silla para que me sentara. Todavía recuerdo el calor de su abrazo afectuoso. Una vez entrados en conversación, pasó a preguntarme por mi salud, qué tal había respondido mi cuerpo al tratamiento para el cáncer, cuál era mi situación ahora. Le expliqué que todo eso había quedado atrás, que los exámenes médicos eran satisfactorios, que mi recuperación era total. Noté su sincera alegría. Me felicitó y pasó a preguntarme por mis nietas, las dos hijas de mi hija Valentina, quien nació en medio de la guerra, de padre guerrillero, muerto en hechos que no quiero recordar. Ellas son mi vida ahora, todo por lo que quiero luchar.

Mi hija, con apenas dieciocho años, había llegado a visitarme a la selva, y el Mono me ayudó para eso. Se enteró de que unos malandros querían hacerle daño. La señora que la cuidaba había solicitado un préstamo de dinero por el método de gota a gota y, en poco tiempo, entendió que era imposible para ella pagar su deuda. Las amenazas no tardaron, y la verdad no sé cómo se enteró el Mono de todo, pero puso manos en el asunto. La mandó a traer del pueblo de la zona cafetera donde se encontraba. La niña llegó unos días antes de que mataran al Mono. Pero hubo una confusión y no la trajeron al campamento indicado. Dios sabe cómo hace sus cosas. El bombardeo de ese 22 de septiembre fue aterrador. Nosotros estábamos en un campamento adjunto al de Mono, y lo vivimos a corta distancia en toda su crudeza. A las dos de la mañana comenzaron a caer bombas y metralla. Dos horas después, salimos de ahí y nos refugiamos en una cañada. A la luz del día caminamos en medio de ráfagas de helicópteros y combates por tierra que se oían muy cerca. Menos mal que a mi hija, por la confusión que acabo de contar, no le tocó pasar por eso.

Llegó unos días después, pero la situación derivada de la muerte del camarada Jorge había cambiado todo. El camarada Mauricio me dijo que podían traer a mi hija, pero que íbamos a salir de marcha hasta Arauca, por poco tiempo que- unos tres meses. Tenía que decidir si despachaba a mi hija para alguna parte o la traía conmigo, caso en el cual tendría que marchar con nosotros. Yo no tenía a dónde enviarla, y menos en esas condiciones. Era imposible contactar a algún conocido que pudiera ayudarme. El resultado fue que mi hija tuvo que quedarse a mi lado, sin ser guerrillera, durante más de un año, y tuvo que soportar los rigores de la caminata todo ese tiempo. Fue entonces que el camarada Efrén la conoció y le tomó cariño. Estando en Arauca me aparecieron los síntomas del cáncer y me enviaron a tratamiento a Venezuela. Allá mi hija conoció al papá de sus hijas. Efrén también les tomó cariño a ellas y se interesó por su suerte.

Ese día, en su oficina, fue particularmente noble conmigo, me dijo que me tenía mucho cariño porque sabía que yo era una guerrillera muy antigua, que lo había entregado todo por la causa. En algún momento me miró a los ojos con una expresión de bondad indescriptible. Y me dijo: “mira, Mari, yo no tengo otro ingreso distinto a mi salario, pero ten la seguridad de que puedes contar con mi apoyo en cualquier situación difícil en que te encuentres”. La expresión de su rostro me recordó los días de mi cáncer en Arauca, en donde también me ofreció y me brindó todo su apoyo. Ese era Efrén, el comandante, el guerrero, el amigo. Por eso lamento y lloro su muerte.

Decía, entonces, que ahora tenemos tiempo de llorar los muertos de antes y los muertos de hoy. Ese día, el último que lo vi, me abrió las puertas de su corazón. Me contó de la compañera que tenía en Yopal, una persona que le traía paz y esperanza a su alma. Me dijo que sabía que su posición y su tarea como Veedor del partido incomodaba a algunos.

Y que él lo sentía. Simplemente trataba de cumplir a cabalidad con la responsabilidad que le habían asignado. Así había sido siempre él. Ahora tenía la alegría de hallarse con su padre y su madre, dos ancianitos a los que cuidaba con el mayor esmero y devoción en su vivienda. Luchaba por ellos después de tantos años de separación por causa del conflicto. Era una manera de resarcirlos por las décadas que estuvo ausente. Al recordar esa bonita emoción que compartía conmigo, me dijo también que cuando apareció el coronavirus y afectó a todo el mundo, él tomó la decisión de que, si llegaba a enfermarse y a estar cerca de morir, antes se llevaba con él a sus padres. No podía volver a dejarlos solos. Era un hombre de carácter. Su madre murió unos días antes, y su padre el día anterior. Entonces Efrén soltó las amarras que lo ataban a esta vida.





EL TAPIR: RIBERAS DEL RÍO GUAYABERO

Guillermo Coco
(Con la colaboración de Lisa Colorado)

Cuando hablo de agua mi cabeza se remite a la vereda El Tapir, ubicada en las riberas del río Guayabero, cerca de la serranía y del casco urbano de la Macarena. Es una vereda muy pobre, su única vía de abastecimiento es el río. La carretera que existe fue hecha por los pobladores a punta de pica y pala durante los veranos. En esas fechas podían transportar las herramientas para sacar balastro, la piedra que usaron en la brecha que fueron construyendo.

Conocí este territorio cuando estaba en el movimiento. La zona de El Tapir era estratégica para la movilización a diferentes zonas del país: Meta, Guaviare, Caquetá, Huila. Se trata de una zona en la que históricamente hubo presencia de la insurgencia no sólo por la posibilidad de caminatas en distintas direcciones, sino por la protección del ecosistema, el acompañamiento a la comunidad, el control de la tala de árboles, de la caza indiscriminada de especies y de la explotación de recursos arbóreos y mineros. En nuestras labores estaba el acompañamiento a la comunidad en las actividades que realizaran en pro de su bienestar: educación, dinamización de la economía, trato justo y buena convivencia.

Para llegar a El Tapir era necesario andar dos días y pasar los rebalses de los caños del río Guayabero, porque en invierno esos ríos se crecían al punto de que el agua, en lugar de seguir su curso, se devolvía y llenaba las montañas. Cuando nos encontrábamos en esa situación teníamos que nadar hasta cuatro horas y echar el equipo en bolsas, halarlo con cabuya, quitarnos la ropa mojada, cambiarnos y guardarla. Cuando llegábamos al asentamiento, la comunidad nos veía limpios, sin imaginarse lo que pasábamos antes de llegar allá para dar las orientaciones y las soluciones a las dificultades que se presentaban: corte de madera sin previa consulta con la junta; gente que se emborrachaba y agredía a algún compañero; a veces incluso teníamos que lidiar con heridos. Cada cosa tenía una multa.

También ayudábamos a la comunidad en sus actividades. Por un lado, hacíamos presencia y aunábamos esfuerzos para acciones comunes como la construcción de la carretera y así mejorar el acceso al lugar. Por otro lado, aportábamos en la realización de actividades para la integración comunitaria. Cuando hacían bazares, por ejemplo, cocinábamos el sancocho con ellos; o ayudábamos a limpiar y a conservar la zona y a organizar todo previo a la fiesta. Pero no podíamos ir a la fiesta. Estábamos con ellos hasta horas de la noche, vigilando que no hubiera problemas. Luego nos íbamos para nuestro campamento.

A pesar de la riqueza natural y la ubicación estratégica, la zona de El Tapir es de difícil acceso. Cuando hablamos del agua, de las fuentes hídricas, no somos conscientes de que también estamos hablando de la historia de territorios que ni siquiera aparecen en el mapa. El Tapir es una vereda en la que los campesinos empezaron a asentarse en los años ochenta. La historia que cuentan sus habitantes es que llegaron en el tiempo del auge de la madera, buscando talar y transportar las tablas como parte de las actividades que realizaban para su subsistencia.

Estos campesinos se fueron posicionando en esta zona del río Guayabero porque allí cortaban la madera, la embarcaban y la sacaban a la Macarena. Cuentan los campesinos que hacían balsas, amarraban la madera y la tiraban flotando por el río. El que tenía recursos suficientes la sacaba por tierra. Después empezaron a sembrarse cultivos de coca, así como laboratorios para procesar "la base", que es como ellos le llaman al producto que queda de la manipulación de la coca. Estos cultivos se acabaron después de las fumigaciones que, en su destrucción, afectaron también la salud de los habitantes del lugar.

Aunque el acceso y el conocimiento de este territorio se suponía complicado, hubo un tiempo en el que llegaron unos japoneses a experimentar en la selva de El Tapir. Hay muchos rumores sobre la presencia y los intereses de estas personas en la zona. Muchos árboles quedaron marcados y un canoero que los transportó nos contó que, al llegar, bajaban cajas livianas y cuando se iban volvían a cargarlas, pero con mucho más peso. Lo que sí supimos es que observaban las plantas, los animales, y también que trajeron la semilla de un caimán para ver si sobrevivía al ambiente de Colombia. Como muchas especies introducidas en las geografías del país, ese caimán se reproduce ahora en exceso en el río Guayabero. Los campesinos solían amarrar el pescado a palos, esto durante días mientras lo vendían. Sin embargo, en medio de la sobrepoblación de caimanes, esa práctica se acabó, pues no había pescado que se salvara de ser comido.

Los habitantes de El Tapir no tienen interés en explotar su territorio, sino en aprovechar lo que este les da. Una vez ocurrieron las fumigaciones, la siguiente alternativa que implementaron fue la siembra de plátano. La gente de la vereda vive de lo que el río les da, de la pesca, de los cultivos de plátano y yuca y de la caza de animales silvestres. El tejido económico de la población es muy complejo y el abandono estatal es palpable. La gente vive en pantaloneta, camisa y a pie limpio. Mantienen ahí, trabajando ahí. El río Guayabero les ofrece gran cantidad de pescados solo para ellos. Con todo esto, la gente empezó a sembrar plátano para el consumo propio y fueron adquiriendo motores comunitarios y se fueron abriendo economía con el plátano.

Históricamente ha habido presencia de la insurgencia, de ahí que nosotros tuviéramos un papel clave en brindar acompañamiento y guía a la comunidad en todo lo concerniente al cuidado del medio ambiente: como ya dije, no se podía tumbar montaña y había que cuidar el agua. En la región había una comisión integrada por seis o siete compañeros, que eran los que llevaban la orientación impartida por los comandantes y camaradas, siempre dependiendo de la situación de orden público.

La comunidad era autónoma con relación a sus encuentros bajo la figura de acción comunal y comunicaban, consultaban o solicitaban asesoría con relación a sus decisiones o al trabajo que iban a realizar. La columna móvil debía colaborar a la comunidad, su papel era estar pendiente de esta y de que las acciones que llevaran a cabo fueran realmente para el bienestar conjunto. Era como una escuela de formación en la que se transmitía lo que nos enseñaban los camaradas y nosotros lo llevábamos a la comunidad.

Para nosotros el río era importante porque nos permitía movilizarnos en época de invierno y salir así a los poblados. En su momento, antes de que las Fuerzas Militares empezaran a usar tecnología, nosotros podíamos asentarnos a la orilla del río. Una vez la tecnificación del Ejército sucedió, las riberas de los ríos, su fauna y su flora, se vieron afectadas por los bombardeos que dejaban enormes zonas de bosque desaparecidas.

Muchas veces nos tocó hacer campamentos a ochocientos metros del río. Bombeábamos el agua hasta llevarla a un estanque que hacíamos con plástico y guadua y así podíamos bañarnos, todo para no vernos vulnerados en el secreto. En esa comunidad, las casas están hechas de madera, porque

la madera es allí la única materia prima disponible. Con el paso del tiempo, sin embargo, otros sistemas de construcción han empezado a tener presencia, porque igual hacer una casa en madera tenía su costo: el aserradero, la mula, el caballo, el medio de transporte, el motor y la gasolina para trasladar las tablas.

Hoy en día la comunidad de El Tapir tiene una carretera hecha a punta de pica y hacha. Solo entran carros en verano. En invierno es imposible. Es muy costoso sacar el plátano que ellos cultivan desde donde están hasta la carretera central que une La Julia–Uribe con San Vicente del Caguán. Esa carretera pasa, pero se ve interrumpida por el río, pues para llegar a ese punto se necesita de mucho combustible, por lo que vale más el flete que lo que se lleva en la canoa. Lo último que supe de este lugar es que el Estado está buscando hacer una reserva natural de la zona, con lo cual acabarán despojando de sus parcelas a los campesinos que han vivido allí toda su vida.





Traslados, tempestades: el agua del cielo

Yesenia Fierro
(Con la colaboración de Juan Álvarez)

1. Guardia en aguacero

La noche está oscura. Los vientos de tormenta anuncian lluvia. Me llaman para la guardia. Me pongo la chaqueta impermeable. Llevo carpa y el sombrero de alas grandes e irregulares.

Llego al puesto, recibo las novedades y las consignas y me apresto a esperar la lluvia. En noches así, los mosquitos se alborotaban más de lo normal, los micos brincaban en las ramas e incluso las serpientes buscaban refugio.

Caen las primeras gotas gruesas de agua fría y me mojan los cabellos a pesar de la carpa. Será un turno largo, pienso, mientras las gotas cada vez caen más y más rápido.

Miro a través de las hojas de los árboles que no paran de moverse. Allá, perdida entre nubes negras, brilla la luna, imponente, desafiante, pálida y preciosa. Su destello me inunda los ojos de gotas gigantes, de lágrimas que se confunden con el agua que corre por mi rostro.

Estoy sola en medio de muchas personas. Siento que a nadie le importará si muero aquí, ahora mismo.

No sé nada de mi familia hace muchos años. De repente recuerdo la sonrisa de mi madre, pero descubro que ya no sé cuándo fue la última vez que la abracé. También me viene a la cabeza una amiga que amaba la luna llena y hace poco cayó en combate.

Estoy tan sumergida en mis recuerdos y en mis nostalgias que no me doy cuenta cuando la carpa se me resbala. No siento el frío de la lluvia. ¿Por qué será que el agua que cae del cielo hace que me diluya en la intensidad de los recuerdos?

Decido sentir cada gota. Decido que será esta agua de selva que me cae del cielo la que se llevará consigo el amargo de estas lágrimas de soledad.

Acaban las horas de guardia. Vuelvo al fin a mi pequeño refugio para conciliar el sueño. Lo encuentro mojado también.

Pienso en el amanecer. Pienso en esperarlo. Ya volverá a secar el sol.

2. Cuídese ese pelo

Después de comer algo caliente, por fin me quedé dormida, y fue como si apenas hubiera pasado un minuto cuando empezaron a churuquiar ––nombre que le dábamos al silbido de llamado en el campamento, porque se parecía al sonido que emitían unos micos de la región––. Nos levantamos a recoger todo. Lo único que podíamos dejar era la casa guindada hasta que amaneciera o escampara, porque allí llovía como si llover fuera la existencia entera.

Nos llamaron a formar sin equipo y nos mandaron a recibir el tinto y a poner la vajilla para el desayuno. También leyeron la guardia del día, la exploración y la avanzada. A los recién llegados todavía no nos vincularon a nada porque teníamos reunión a las 8 a.m. en el aula.

Regresé a mi caletita. Encontré a Pato en el piso recogiendo semillitas, extendió la mano y me dijo: “revise si están todas”. Me sentí muy apenada con ella. Y triste, porque era el collar con el que había llegado y se me había roto demasiado pronto. Pato, Patricia, me sentó en el borde de la caleta y me dijo “siéntate”. Me levantó la cara con su mano y me preguntó qué hacía una chiquita tan chiquita por esos lugares. Me miraba de una manera tan tierna como si fuera mi madre.

––¿Cuántos años tienes?

––Trece, ya casi catorce ––respondí.

––Pareces de menos ––dijo ella––. ¿Ya te vino el periodo?

––No ––dije.

––Con razón ––dijo y suspiró––. Te voy a contar algo: cuando yo ingresé tenía diesciete años, me tocó hacerlo porque mi mamá vivía con un marido desgraciado que me maltrataba. En casa quedó mi hermana, que para esta época debe tener tu edad. Cuando te vi inmediatamente pensé en ella: ambas son morenitas y crespas. ––Estiró su mano y me acarició el pelo. Mientras tanto, yo miraba si las semillas estaban todas––. Así que tranquila, yo te voy a cuidar como si fueras mi hermanita. Más tarde nos ponemos a arreglar los uniformes.

Me sobó la cabeza y se fue.

En ese momento llamaron para el desayuno y salí con las semillitas en la mano. Me encontré con Julio, un joven indígena tímido que no debía ser mayor de edad. Le mostré que solo esas habían aparecido.

––Pásemelas, yo le hago algo con ellas.

Asentí con la cabeza y se las deposité en la mano.

Estábamos todos en el aula esperando, cuando de repente el oficial de servicio entró y dijo:

––¿Todos tienen sus gorras? El que no, vaya y la trae porque viene el camarada Jorge.

Nosotros habíamos escuchado hablar del Mono Jojoy. En nuestro imaginario era un hombre grande, de facciones rudas.

––¡Buenos días, camaradas!

Su voz era fuerte, inspiraba respeto, todos estábamos de pie.

––Siéntense ––ordenó. A su lado iban sus guardias, además estaba el camarada Joaquín.

––Así que ustedes son los refuerzos ––dijo en tono jocoso mientras miraba desde la primera hasta la última fila––. Espero que les guste el clima ––continuó con sarcasmo.

Ese día tuvimos toda la mañana en el aula escuchando al camarada y recibiendo las orientaciones generales del reglamento interno del campamento. Cuando ya se iban, el camarada Joaquín me llamó:

––¿Dónde está Yesenia?

Salí de la multitud. Me tomó de un brazo y le dijo al Mono:

––Camarada, esta es la peladita de la que le hablé.

El Mono me miró de arriba abajo y esbozó una sonrisa antes de decir:

––Está muy chiquita. ¿Cuántos años tiene, mijita?

––Trece, pero ya casi cumplo catorce.

Miró a otro camarada que estaba junto a él y le dijo:

––Rogelio, que sus enfermeros formen a esta niña. Ella dice que quiere ser enfermera.

Rogelio asintió con la cabeza y respondió:

––Como ordene, camarada.

Luego el Mono me volvió a ver y dijo:

––No joda, Juaco, para qué se trajo esta niña tan chiquita por acá para esta cordillera. ––Me sobó la cabeza y añadió––: Pórtese bien, ¿cómo es que es su nombre?

––Yesenia, camarada ––respondí.

Sacó unos billetes del bolsillo y me dijo: ––Compre champú y cuídese ese pelo. ––Dio la vuelta y se fue. Yo me quedé con mi manita entumida entre asustada y sorprendida.

3. Enfermería

Pasaron los meses. Cambié de campamento. El diario del campamento se volvía monótono: guardia, rancha, chontos, huecos para basura, mas chontos y más guardia. Lo único que me gustaba era que, en la mañana, no tenía que madrugar a hacer la calistenia, cosa que siempre odié. Los domingos era la hora cultural. Al principio era gracioso, pero al tercer domingo ya nos sabíamos los cuentos y las canciones de todos y cada uno de los participantes.

Cuando cumplí catorce años, mi amiga Pato me enseñó a arreglar los uniformes, a empacar el equipo y a trenzarme el pelo. Ella insistía, sin embargo, en que mis crespos eran muy bonitos para tenerlos recogidos, así que me consiguió un acondicionador para que se me definieran y no se me vieran tan alborotados. No recordaba cuándo había sido la última vez que me había cortado el pelero, así que ella me lo cortó. También me regañaba todos los días para que no me comiera las uñas. Consiguió una chapuza decente para mi revolver y fue la primera persona que me mostró cómo buscar agua en lugares donde a primera vista no había. La primera vez que cavamos juntas, la primera vez que encontré agua subterránea con ella, sentí jubilo.

Julio arregló mi collar de semillas. En el nuevo campamento hice más amigas. Yo no sabía de novios, ni de socios, porque era muy chiquita para eso. Además, no me daban permiso hasta después de los dieciséis. Todos los días veía cómo los que tenían novia engañaban o los engañaban, y todo parecía tan normal. Nadie vivía con la intención de formar una familia.

Cierto día, a la hora de la relación, que normalmente se hacía a las 6 p.m. (allí se leían los turnos de guardia nocturna, se recibían orientaciones generales y se trataban temas disciplinarios con llamadas de atención, criticas o sanciones según la falta cometida), llegó el camarada Rogelio. Nadie esperaba su visita, bueno, no nosotros. Nos saludó y procedió a llamar una pequeña lista que sacó de uno de sus bolsillos. En esa lista estaba mi nombre.

––Tienen una hora para estar listos. Retírense a empacar equipos.

Otra vez traslado. Pato salió de la formación y corrió a ayudarme a recoger y a empacar. Fue a su caleta y me regaló cositas de ella y además me trajo algo que yo todavía no usaba, toallas sanitarias. Cuando le miré esos paquetes en la mano fruncí el cejo y le dije “yo no uso de eso todavía”.

Las metió en mi equipo por una esquina mientras me miraba a los ojos y decía “yo sé, pero pronto las va a necesitar”, y me dio un abrazo. “Cuídese mucho, mi niña”,

en cualquier momento nos vemos, ya sabe, nada de meterse en chismes, nada de hacer indisciplinas y hacerse sancionar, mucho cuidado con ese geniecito de tormenta de agua que se gasta". Me pasó la mano por el cabello y se fue. En ese momento nos llamaron a los que salíamos.

Ya era de noche. Nos tocó caminar un rato por unos potreros pantanosos a oscuras. Nos caíamos a cada rato y nos mojábamos y solo se escuchaban los madrazos del que se caía y la risa del que iba atrás. No sé qué tanto caminamos, pero llegamos a la orilla de una carretera donde había unas camionetas esperando. Nos subimos emparamados y seguimos la marcha hasta el amanecer. Llegamos a una punta de carretera en una finquita donde había un trapiche de moler caña. Nos bajamos del vehículo. Salieron unos compañeros de la parte de adentro de la casa. Nos tenían agua de fresco Royal para tomar. Nos indicaron que podíamos dormir un rato sobre el bagazo.

Éramos solo siete. Yo era la única mujer. De los que salimos del Frente 16, solo íbamos dos, Caliche y yo.

Al rato de habernos acostado empezaron a cantar los gallos. La señora de la casa se levantó y empezó a prender candela.

Siempre me he caracterizado por querer dormir hasta tarde en la mañana. Me senté casi sonámbula, y con el pelo lleno de bagazo, qué horrible realidad. De pie, resignada, me puse las botas, doblé la cobija y el plástico que había usado como cama. Empaqué todo en el equipo y me senté a un lado a esperar cualquier orden.

Julián, el compañero que estaba a cargo, volvió a salir de la casa, se dirigió a nosotros y nos dijo:

––Buenas, camaradas. Como verán, estamos con población civil, si tienen buzos de colores, pónganselos. Acá hay que esperar la noche otra vez, si necesitan el baño, es atrás de la casa, no vayan a tender ropa verde en las cuerdas. Mantengan lo más ocultos posible. Luego se dirigió a mí:

––Flaca, ¿usted sabe cocinar?

Asentí con la cabeza.

––Bueno, si tiene una blusa civil, póngasela y ayudé a hacer el desayuno.

Volví a asentir y di la vuelta para buscar la blusa en el equipo. Saqué la blusa que me había empacado Pato y aunque me quedaba un poco grande no le di importancia y me dirigí a la cocina.

La señora Ceci, como me pidió que la llamara, era una mujer mayor, con el pelo largo y canoso, gordita y bajita, pero muy charlatana, parecía paisa, todo el rato contó chistes.

Me preguntó por mi madre y si era de la región, y también me contó que ella tenía un hijo en las FARC, pero que hacía días no sabía de él, que le habían dicho que lo habían trasladado lejos. Cuando le conté de donde venía, me dijo resignada: "seguro mi chinito se lo llevaron así también, lejos de la familia". Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se limpió con el dorso de la mano y mientras se agachaba a soplar el fogón dijo con la voz entrecortada: "ojalá la virgencita me cuide mi muchacho".

Pensé en mi madre. Me dio tristeza. Los ojos se me aguaron de recuerdos. Ya era consiente de que quizás nunca la volvería a ver. La señora Ceci podía ser ella, sin saber nada de mí desde hacía cuatro años.

Me dispuse a lavar la loza sucia que había en el platón. Ayudé a pelar unas gallinas y montamos el sancocho. De repente, Julián volvió:

––Ceci, no olvide guardar almuerzo para el patrón. ––Luego me miró a mí:

––Flaca, vaya se baña y descansa que ya viene otro a ayudar con el almuerzo.

Yo estaba picando un cilantro. Entonces dije:

––Termino acá y me voy, camarada.

Llegó el patrón del que había hablado Julián y almorzó en el comedor de la casa. A nosotros nos pasaron los platos por la ventana de la cocina y comimos en el rancho del trapiche donde estábamos.

En la tarde, casi anocheciendo, salimos a caminar otra vez. Llegamos a la orilla de un río, donde nos esperaban en canoas. Navegamos toda la noche y al amanecer llegamos a un puerto a la orilla de un caño. Descendimos, subimos el barranco y vimos un guardia:

––Buen día, compañeros ––nos decía cuando pasábamos junto a él. Todos respondíamos a su cordial saludo.

En el patio de formación nos esperaba otra vez Julián, el oficial de servicio que había ido con nosotros. Fue él el que anunció:

––Camarada, buenos días, estos son los cursantes de enfermería que mandaron del 40.

Hasta ese momento no teníamos ni idea para dónde íbamos. Todos nos miramos entre sí. El oficial de servicio señaló una casa de plástico que había cerca al patio. Era obvio para nosotros que era el aula.

––Esperen ahí. Mientras tanto, si quieren ir a los chontos, son por allá ––y señaló una esquina del campamento––. La rancha esta allá ––señaló en otra dirección–––. Si se van a cepillar es por donde entraron. A las 7 a.m. pasan a la formación. ––Dio la espalda y se fue.

No teníamos la menor idea de dónde estábamos. Sabíamos que era tierra caliente por lo alto de los árboles y la fauna. Habíamos visto micos titís y habíamos escuchado pavas al amanecer. Además, el caño no tenía tanta piedra y el agua ya no era tan fría. Poco después nos dijeran que ese era un campamento escuela del Frente 1, y para mi tristeza vi que ahí sí tocaba hacer calistenia por la mañana, mi peor pesadilla.

4. Angélica y su bebé

Me llamaron para la guardia. Con los ojos pesados vi el reloj: faltaban diez minutos para las 5 a.m. Me puse las botas y la reata y me fui detrás de Danilo, que me reportó las novedades y las consignas y se retiró al campamento improvisado.

A esa hora renace el día. Todo el silencio de la noche se disipa con el canto de las aves. Los micos mueven las ramas. Los primeros rayos de luz calan entre las hojas de los árboles. La fragancia del rocío se levanta sobre la sabana.

La ensoñación terminó cuando recordé que tenía que llamar al siguiente guardia. Veinte minutos se pasan muy rápido. Salí corriendo a buscar a Alejandro para preguntarle a quién le tocaba recibir, pero ya venía esa persona.

––¿Se durmió o qué? ––me dijo entre risas.

––Nooo… Solo no vi el reloj.

Di novedades y consignas y me fui.

Ya todos estaban levantados. Caminé hasta mi equipo, saqué el cepillo, la crema y el jarro. Fui al borde del río a buscar agua para asearme. En la orilla del río, cuando me agaché a recoger agua, vi mi propio reflejo y me dio risa porque mi pelo parecía un nido colgante de guapuchonas.

De regreso al campamento improvisado encontré a todos reunidos alrededor del camarada Joaquín.

––Dónde estaba, flaca.

––Cepillándome, camarada, acabé de salir de la guardia.

Me hizo una señal con la mano invitándome a entrar al círculo y mis compañeros me abrieron un espacio.

––Como les decía ––prosiguió el camarada––, a partir de ahora ustedes son parte de una unidad de refuerzo, tenemos que pasar por varios frentes recogiendo a los demás camaradas hasta conformar una compañía ––cuarenta y ocho combatientes o más––. Hoy vamos a entrar a Güerima a comprar unas cosas para el viaje. Alejandro, revise si las muchachas tienen útiles de aseo personal y cualquier otra cosa que necesiten. Mucho cuidado todos con embriagarse.

Miramos de reojo a Caliche y a Raúl, que eran a los que les gustaba tomar. Angélica alzó la mano.

––Diga, mona.

––Camarada, mi familia vive en Güerima. ¿Será posible que pase a saludar a mi madre?

––Déjeme pensar ––respondió Joaquín.

Angélica se agachó, desconsolada, cuando Joaquín volvió a decir:

––Dígale a su mamá que nos haga el desayuno a todos si puede.

Nunca vi una cara más feliz.

––Claro que sí, camarada.

––Bien, entonces, Alejandro, mande a la mona con otros dos para que ayuden. Lleven plata para que compren gallinas y lo que haga falta ––metió la mano al bolsillo y sacó dinero y se lo pasó a Alejandro––. Los demás báñense y péinense ––dijo jocosamente mientras me miraba––, que vamos al pueblo en una hora. Los del desayuno, salgan ya, porque está haciendo hambre.

Mi amiga, feliz, me haló de una mano y me susurró:

––El cucho es buena gente, yo pensé que no me iba dejar ir, le voy dar la sorpresa a mamá.

––¿Y por qué no le dice? ––y le toque la barriga. Angélica me respondió con una mirada asesina:

––¡¿Está loca?!

––¿Cuándo le piensa decir entonces?

––No sé, pero hoy no. Y usted tampoco ––dijo mientras me ponía el dedo en la boca en señal de silencio.

En ese momento la llamó Alejandro para que arrancara. Recogió el equipo, se lo echó al hombro y salió.

––Me guarda la rabadilla con huevos ––le dije.

Me guiñó un ojo.

Fuimos al pueblo, compramos chécheres: moñas y adornos para el pelo, maquillaje, lociones, betún para las pecheras, lapiceros, cuadernos bonitos, espejos, blusitas; los hombres compraron prestobarbas, lociones, buzos, cigarrillos y esquelas los que tenían novia.

En la tarde llegaron dos camionetas 4.5 a recogernos. Estábamos subiendo los equipos cuando de repente la mona Angélica se desmayó.

––¿Qué pasa? ––dijo Alejandro.

––No sabemos, camarada, solo se desmayó ––respondió Caliche.

No sabía qué decir porque yo sí sabía lo que pasaba, cuando de repente dijo Nohemí:

––Está sangrando mucho ––y señaló la entrepierna empapada de sangre. Atiné a dar la espalda para que no me vieran llorar.

––Hay que llevarla al puesto de salud ––dijo Joaquín.

La subieron a la cabina de la camioneta y se fueron. Luego Joaquín me ordenó:

––Vaya usted, flaca, y avísele a la mamá para que la acompañe porque nosotros nos tenemos que ir. Llévele esta plata.

Tomé el dinero y salí corriendo sin saber qué le iba a decir a la mamá de mi amiga. Cuando salí de allí me dirigí al puesto de salud para ver a Angélica, pero ya los carros estaban listos para arrancar y no alcancé. Me subí a la carrocería y le pregunté a Nohemí. Solo alzó los hombros.

Nohemí era una mujer afro, alta, mucho mayor que nosotras, y era la socia del gato Alejandro. Casi no nos dirigía la palabra a las otras mujeres porque era muy celosa y siempre veía en nosotras una rival. Ahora solo éramos ella y yo atravesando las sabanas extensas del Vichada. Yo miraba la larga carretera que iba quedando atrás. Los compañeros cantaban, reían, compartían las anécdotas del día en el pueblo, mientras yo solo pensaba en lo que podría estar pasando con Angélica y su bebé. Pensé que quizás nunca más las volvería a ver. Ya me había pasado con Pato. Ya me había pasado con otras amigas. Era también lo que había ocurrido con mi madre.

***

Y aquí estoy: treinta y un años de historias de guerra, de dolor, de trasegar en la naturaleza, de llanto aun en la paz. Cada caída me ha dado fuerzas para levantarme con más ahinco a dar la pelea. Ni la selva ni la cárcel me han doblegado la moral o el ánimo de seguir en una lucha a la cual llegué sin planearlo. Esa soy yo, la niña Luz Marina, a la que maltrataron y que se convirtió en Yesenia, la enfermera, la guerrera, la guerrillera, la rebelde con causa, la que tiene hijos, no sabe ser madre y sueña con ser abuela.

Soy la que escribe cuando está triste o con rabia, la que seguirá anotándolo todo porque escenas como estas las recuerdo por decenas, por cientos, siempre que el agua se

viene del cielo yo misma me diluyo en la intensidad de mi pasado. Cierro los ojos y me pasan al frente las páginas del libro de mi vida: a veces me veo llorando, jugando, gritando; otras veces me veo corriendo, nadando y chapoteando en charcos de agua estancada. Como meta, aspiro a ser senadora de la República para honrar la memoria del hombre que amé, que murió en mis brazos y porque se lo prometí en nuestro último llanto.



AGUA CORRIENTE

Relatos de no ficción de excombatientes para la reconciliación

